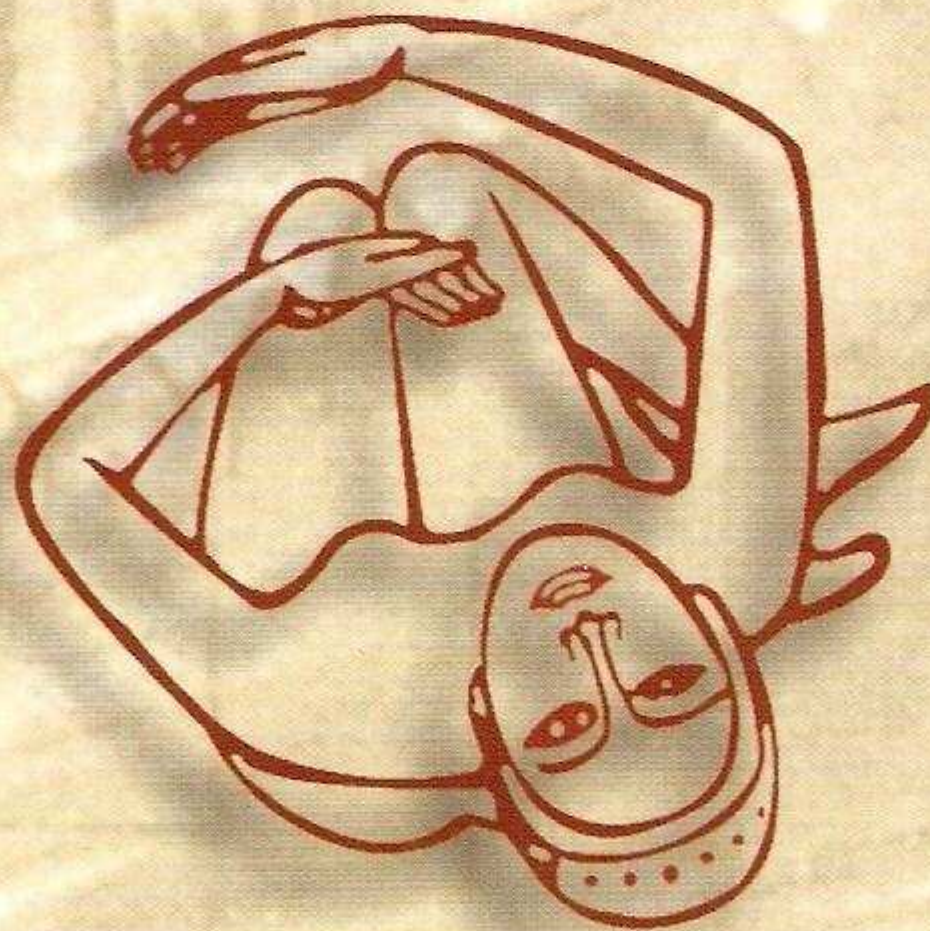


Las
VISITAS
de la
REINA
de
SABA



MIGUEL SERRANO
Prólogo de C. G. Jung / Ilustraciones: Julio Escámez

Hacia el final del verano de 2009, mientras truenos, relámpagos y lluvia embestían Santiago, murió Miguel Serrano (MS). Junto al Huelén-Santa Lucía, el ya viejo viajero y caballero chileno se apagó en un momento escenográficamente propicio, cual entre las páginas de alguno de sus libros, en los que la naturaleza es entidad desafiante y meta. Ni quienes le reprocharon su paulatino nacionalsocialismo o su literatura —hay quienes encandilados por aquél no ven ésta—, ni ellos ni menos nosotros dejamos de reparar en el «detalle» climático-circunstancial con el que coincidió su óbito.

MS vivió 91 años. A los 21, en el prólogo a su ANTOLOGÍA DEL VERDADERO CUENTO EN CHILE (donde reunió textos propios y de Eduardo Anguita, Braulio Arenas, Anuar Atías, Héctor Barreto, Juan Emar, Carlos Droguett), un joven MS escribió:

«Vida es acción del hombre sobre el mundo. Vida es humanizar. En el sentido ideal; puesto que hoy tenemos que mirar éticamente por los valores. Por los valores positivos. De este modo es y tiene que ser en la realidad».*

Desde entonces —y acaso antes— hasta su vejez, fue entre occidente y oriente, en empeños, búsquedas, sucesivas publicaciones y estancias (ingresó a la diplomacia chilena y ofició de embajador en Austria, la ya desaparecida Yugoslavia e India). Y trató a gentes de aquí y de allá.

Continúa en la otra solapa

** Ahora, en 2010, leamos «...arborizar. En el sentido concreto...» (N. del E).*



Rostro de la *Reina de Saba* según escultura encontrada en Ur.

Miguel Serrano

Las
VISITAS
de la
REINA
de
SABA

Prólogo de Carl Gustav Jung

Ilustrado por Julio Escámez



Índice

Palabras previas del autor	IX
Prólogo de C. G. Jung	XIII
<i>Las visitas de la Reina de Saba</i>	
La gran madre	19
El río	20
Historia de la piedra de luna.....	21
Parvati.....	26
Las visitas de la Reina de Saba.....	33
El hermano del silencio.....	53
Las huellas en la arena.....	59
El regreso de la Reina de Saba.....	61
El invitado	72
Los servidores	74
Melquisedec	77
El cordero.....	90
El Ave del Paraíso	93
La misa.....	98
El caballo blanco.....	102
La última flor	107

LAS VISITAS DE LA REINA DE SABA
© Miguel Serrano Fernández

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual: 126.455

ISBN: 956-7878-20-X

Segunda edición a cargo de Be-uve-dráis Editores (2010).
Se lanzan mil ejemplares.

Sitio web (siempre a un paso de cortar las huinchas): www.bvdrais.cl
Casillaselectrónica: bvdrais@yahoo.com

Corroboración: Paulina Correa y Catalina Uribe.
Diseño de las cubiertas y escaneo de las ilustraciones: Carlos Videla.
Diagramación de interiores: Edmundo Rojas, responsable de erratas y afines.
Impresión: personal de Salesianos Impresores S.A.
Textos compuestos con tipografías: Arial, Bodoni, Hoefler, Galliard
Derechos reservados conforme a la ley... ¿del más fuerte? Pamplinas...
son una especie vegetal «ensaladable».

Palabras previas del autor

Más de cuarenta años han pasado desde la primera edición de este libro. Todos los personajes que algo tuvieron que ver con su historia, ya no están. «They passed away...». Salvo la Reina de Saba, que es inmortal...

Es ésta la única edición hecha en Chile. La primera fue en India, en 1960, en dos versiones separadas, en castellano y en inglés. Una curiosidad bibliográfica, no sólo por su bella presentación, con tapas hiladas en seda cruda, de los Talleres de Gandhi, también por llevar el sello de Editorial Nascimento, de Santiago de Chile, a pesar de su impresión en Nueva Delhi.

A través de los años, muchas otras ediciones han aparecido, en Inglaterra, en Alemania, en Francia (en estos últimos días), en los EE.UU. y en Argentina, en la Editorial Kier. Pero nunca, hasta ahora, en Chile.

Lágrimas saldrán de mis ojos al recordar estas páginas, que no abría hace tanto tiempo. Rostros y recuerdos de

una época solar, de un apasionado *A-Mor* por esa Reina, cuya última visita aún espero, en este mundo, o en algún otro... Y esa India lejana, donde la vi por vez primera, hace más de cuarenta años, y donde encontré la imagen de su cabeza, de su rostro, esculpido en la viejísima ciudad de Ur. Y era tan parecida a la trashumante, a la «viajera», que sólo pude creer que la Reina de Saba se había reencarnado en esta tierra.

Caminaba por las calles, en la también antigua noche de la India, en busca de esa Reina y, sin hallarla, debía retornar a mi casa, de Prithviraj Road, con una completa historia, o leyenda, en mi corazón, que traspasaba al papel, febril, para poder liberarme de la angustia... Porque la Reina de Saba ya me había visitado, y se había ido... «¡Oh, alma mía, qué tristeza!».

La magnífica traducción al inglés de esta obra fue hecha por Frank MacShane, de los EE.UU. Se la envié al profesor Carl Gustav Jung, con quien ya mantenía correspondencia. Me invitó a conversar en Suiza. Y ahí supe que también a él le había visitado esta Reina fascinante y cruel.

Fue entonces cuando Jung me aconsejó: «Si alguna vez usted tiene la suerte y el dolor, la gloria y el drama, de encontrarse con la Reina de Saba en este mundo, no cometa el error (el crimen, digamos) de casarse con ella, porque

se destruirían ambos. La Reina de Saba es para el Amor, no para el matrimonio».

Y agregé: «El Amor es un licor que hay que beber en un vaso de *cognac*, pequeño, y de un solo sorbo. Si usted pretende hacerlo en un vaso de cerveza, se envenena y muere...».

Carl Gustav Jung me dio un prólogo para mi libro, absolutamente fundamental y también como revelación de sí mismo, de su más íntimo ser. Y es una interpretación genial de mi obra, en breves líneas. Fue ésta la primera vez y la última (poco después él también «passed away...») en que el profesor Jung hizo un prólogo para un texto puramente literario.

En esta compañía y con este privilegio, yo no espero nada más, pues tengo la seguridad de haber tocado una campana cristalina en el centro de un Universo cerrado, donde habitan los Dioses, los Reyes y las Reinas, los Héroes y los Poetas, los que volverán siempre en el Eterno Retorno de lo Mismo.

Es gracias a la iniciativa inspirada e inesperada de Beuve-dráis Editores que esta primera edición de *Las visitas de la Reina de Saba* verá la luz en este invierno de Chile, nuestra Patria.

Miguel Serrano.

Prólogo de C. G. Jung

He aquí un libro extraordinario. Es como un sueño dentro de otros sueños. Altamente poético, diría yo, y lo menos semejante a los productos espontáneos del inconsciente a que me encuentro acostumbrado, aunque conocidas figuras arquetípicas sean claramente discernibles. El genio poético ha transformado la materia primordial en formas casi musicales, así como, en otro extremo, Schopenhauer entendía la música como movimiento de las ideas arquetípicas. El factor principal y conformador pareciera ser una fuerte tendencia estética. Consecuentemente, el lector es cautivado en un creciente ensueño, en un espacio que se amplía cada vez más y en una insondable profundidad del tiempo. El elemento cognoscitivo no juega un papel importante, aunque reside en un nebuloso fondo, todavía vivo en la riqueza de colorido de las imágenes.

El inconsciente –o lo que nosotros designamos con este nombre– se presenta al autor en su aspecto poético, aunque yo lo perciba mayormente en su aspecto científico o filosófico o, quién sabe si con más exactitud, en el religioso. El inconsciente es sin duda la *Pammater*, la Madre de Todo (es decir, de toda la vida psíquica), es la matriz, el fondo, el fundamento de todos los fenómenos diferenciados que nosotros llamamos psíquicos: religión, ciencia, filosofía y arte. Su experiencia –en cualquier forma que sea– es una aproximación a la totalidad; justamente esa experiencia que se encuentra ausente en nuestra civilización moderna.

Es la avenida y la *via regia* al *Unus Mundus*.

C.G. Jung.

Zürich. Enero 14 de 1960.

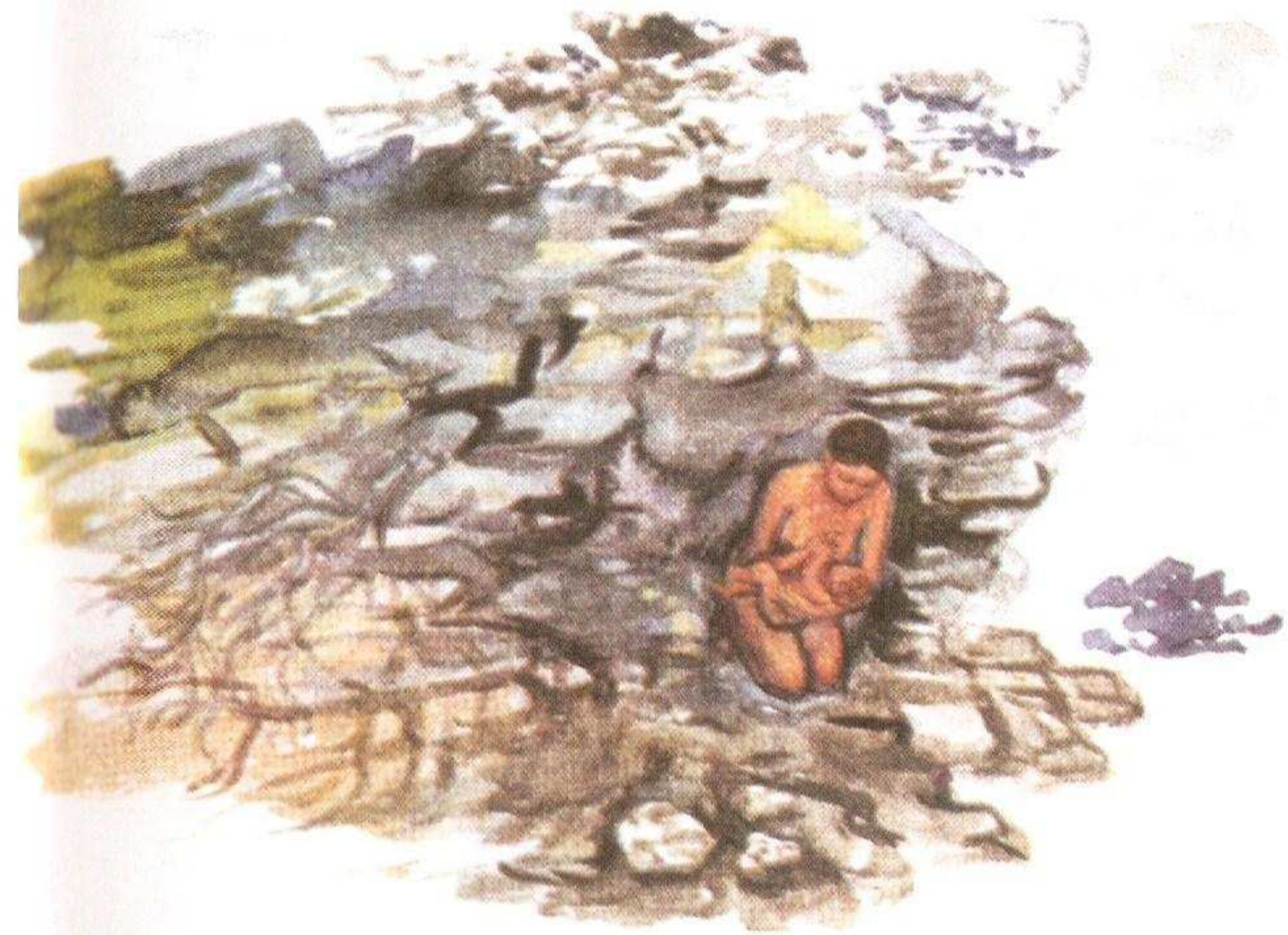
Las
VISITAS
de la
REINA
de
SABA

«Antaño los dos pensábamos que tú eras yo y yo era tú. ¿Cómo ocurre que ahora tú eres tú y yo soy yo?»

Bhartrihari

«Como en el gran océano un trozo de madera se une con otro, para separarse luego, así es el encuentro de las criaturas»

Mahabharata



La gran madre

La gran madre amaneció mirándose en un espejo. Así nacieron todas las madres. La gran madre tenía los ojos color de abismo. La pequeña madre los tenía color de cielo.

Junto al templo de Kali, en la antigua ciudad de Amber, el sacerdote de túnica roja y de pies manchados con sangre del sacrificio, me explicó que la gran madre tenía los ojos color de abismo. Y así supe que yo no había tenido una madre sino muchas. Porque el color del abismo ha llenado mi vida. Y porque es el abismo el que se abre cada vez más en mi alma.

Busco dentro de mí el ataúd de la madre para abrirlo. El ataúd de la madre tiene la forma del cuerpo de la Reina de Saba y también de Jesucristo. Tiene la forma de nuestra propia alma.

Cuando se abre, el ataúd de la madre se destruye. Pero un perfume a cedro antiguo envuelve el mundo.

El río

Soñaba con ir al monte Kailas, morada del dios Siva. Y he aquí que fui al monte Kailas. Ahí estaba Siva danzando. Él me enseñó a danzar y a olvidar. Desde entonces soy como un río. No me detengo más. Y un día danzo en la luz y otro, en la sombra. Porque luz y sombra sólo están dentro de nosotros.

Desde el sagrado monte Kailas, en los Transhimalayas, más allá de la línea de las lluvias, descendí al extremo del Cabo Comorín, donde las aguas de tres antiguos mares se juntan.

Y hoy sé que en ambos extremos hay templos.

Historia de la piedra de luna

Este anillo que veis en mi dedo, es una piedra de luna.

Cuando la tercera luna cayó sobre la tierra, ocultando su redonda cabeza en el centro del mar, desde el fondo, como perlas, como burbujas, emergió la piedra de luna. Era el hálito de la luna que se ahogaba.

Después, cuando los hielos empezaron a retirarse de este mundo y el oasis primordial fue perdido y Aryana Vaiji quedó abandonada junto a las auroras y Avalón, la ciudad del sol, se transformó en la metrópolis de la muerte, los primeros hombres con ojos color de cielo, con cabellos color de luz, arriesgaron la vida en los torrentes para alcanzar la piedra de luna, que subía desde el fondo, como una burbuja, como el hálito de una moribunda.

Y ellos la engastaron en sus dagas de sílex, o la pusieron en sus frentes, allí donde una vez se abrió el ojo capaz de ver a Aryana Vaiji, la ciudad que quedó junto a la aurora, a Avalón, la metrópolis del sol.

La piedra de luna reemplazaba así al tercer ojo y mostraba lo que los ojos celestes ya no ven.

Junto a los hombres de aquellos tiempos, que fueron los Caminantes de la Aurora, iban sus mujeres, las Vigilantes del Alba. Sus cabellos eran aún más dorados, sus ojos un poco menos azules, pero más profundos, con la profundidad de las aguas en donde se encuentra la piedra de luna.

Y las mujeres pusieron la piedra de luna entre sus pechos.

Y hasta allí fueron los hombres para encontrarla, para contemplar a Aryana Vaiji, la ciudad de la aurora, para recuperar a Avalón, la patria del sol.

Y los hombres que no se ahogaron en los torrentes, perecieron entre los pechos albos, consumidos por el fuego.

Esta es también la historia del Amor Eterno, que nace entre los hielos. Amor que se mezcla siempre con la muerte o con el sueño de la aurora.

Los primeros héroes fueron aquellos que se entregaron en holocausto al Amor Eterno.

Junto a las encinas patriarcales, murieron sobre los pechos palpitantes y una última visión de la Ciudad del Alba vino a su recuerdo, mezclada al filo del sílex y al relámpago opaco, lechoso, de la luna.

Y los primeros conquistadores de la tierra fueron los que rehuyeron al Amor Eterno y eligieron por emblema la piel del carnero. Siguiendo a un mesías pusieron en movimiento las aspas del sol y se adueñaron de la tierra por añadidura. Buscaban a Avalón en este mundo. Y la piedra de luna tuvo para ellos significado diferente. El Guía fue

el primer caminante de la Aurora. Su nombre cambia en las edades. La piedra de luna estuvo entre sus cejas. La daga de sílex, en sus manos. La tierra, bajo sus plantas. La piel del carnero fue el emblema que se mecía al viento de esas edades.

* * *

Contemplando la piedra de luna, el Maestro me dijo: «Aparta sus nubes, abre sus sombras. Ella te indica dos caminos. Uno te lleva al Oasis en donde están los guías, cubiertos con las túnicas del hielo, sosteniendo la espada del combate. El otro te arrastra a la pérdida, aunque te envuelva en el sueño, en la ilusión del regreso... Sé valiente, empuña la daga de sílex, mata el Amor Eterno...».

Y yo obedecí al Maestro. Y por muchos años estuve empuñando la espada y combatiendo en mí al amor.

Viajé y la tierra se deslizó bajo mis plantas. Fui el vigilante de la aurora. Contemplé la Estrella de la Mañana y, en su luz honda, humedecida, creí descubrir la Ciudad del Alba. Mis manos se secaron como sarmientos, mis pies se llagaron, mi pelo creció hasta mis hombros y fui a todas partes, hasta los extremos del mundo. Seguía a un guerrero, pertenecía a una tribu antigua de caminantes sagrados, de peregrinos eternos. Todos estaban enloquecidos y llevaban puñales y adoraban a la piedra de luna. Primero fuimos a los hielos del sur, más cercanos a mi patria. Un profeta loco nos guiaba. Era el Guía antiguo, reencarnado en nuestro tiempo. Ahí libramos el combate con el Ángel de las Tinieblas, con aquel que cayó junto con la tercera luna, quedando prisionero bajo el hielo. Teníamos también un

perro, que entregó su alma a las presencias invisibles para servirnos mejor en la búsqueda del Oasis primordial. Mas, en el hielo, en el supremo instante, la voz lejana del Amor Eterno debilitó mis pasos e hizo que mi alma flaqueara junto al aullido del perro emblemático y del viejo viento boreal, que visitaba ya su otro extremo.

Regresé del hielo quemado el corazón. Se desbordaron las aguas y, por un momento, dancé sobre las olas. Pero seguí caminando con mi tribu. Tomamos ciudades, asaltamos muros imposibles, reposamos en templos en donde se practican ritos olvidados. Lo abandoné todo, tomé la cruz sobre mis hombros y la hice girar como una swástica. No hubo nada que no viese, nada que no hiciese por matar en mí el amor y recuperar la Ciudad de los Comienzos. En el peregrinar llegué a la India y adoré a Siva. Prosterné ante su altar mi voluntad. Me entregué por entero. Estuve años ahí inmóvil, hasta que creí posible abrirme a la visión perdida alcanzando los muros de la Ciudad del Alba. Crucé las paredes de hielo del Oasis solar; pasé a través de ellas como una daga de sílex, como una espada de luz. Salí de mi cuerpo que permaneció inmóvil junto al altar de Siva: una montaña blanca de nombre Kailas. Siva era el Guía antiguo. Muchos viajeros me acompañaban, reyes y mendigos. Y todos buscaban esa ciudad a la que no se puede entrar si no es abandonando el cuerpo que se deja en el camino. En la vieja India de Siva no se ven más que cuerpos abandonados en los caminos. La piel del carnero se quema bajo el sol.

Pero yo pensaba siempre en el perro que entregó su alma en los lejanos hielos al sur de mi patria. Lo oía aullar, a veces, en las noches de la India. Y ahora, bajo el perfu-

me del jazmín y del cielo hondo, me parecía como que su aullido era distinto, como si añorase su piel sacrificada. Su anhelar descendía desde el emblema a la carne, desde el símbolo a la lágrima.

Y como un *ladrón en la noche*, llegó de nuevo el amor. Me robó todo lo que tenía; pero no el cuerpo, sino el alma. Y al robarme el alma, me devolvió el cuerpo. Lo encontré ahí, semi destrozado, junto a la montaña de Siva. Lo llevé hasta el lago Manasarovar, vecino al monte Kailas. Lo lavé con cuidado, lo sumergí y lo ahogué en el fondo de las aguas sagradas. Y con su último aliento, con las burbujas de su aliento, emergió siempre la piedra de luna. Con ella subió también mi cuerpo ahogado y, con él, vino el perro que muriera hace años en los hielos al sur de mi patria. Mi nuevo cuerpo tenía la cabeza de ese perro de bucles dorados.

Y ya no oigo más en las noches el aullido angustioso del perro emblemático, sollozando por su cuerpo.

* * *

He abandonado al Maestro, he dejado la espada, la he cambiado por la flauta. Canto viejas canciones del sol, danzo sobre mis pies torcidos. Arrojé mi anillo al mar, porque hoy busco la Ciudad del Alba entre los pechos palpitantes. Y mi cuerpo renacido está maduro para el altar de Kali.

Y a medida que muero como un héroe y que no busco más a Avalón en la distancia, descubro que, sin quererlo ya, sin esperarlo, se abre una piedra de luna entre mis cejas.

Parvati

La piedra de luna crece entre los pechos de la bella Parvati. Hasta allí he ido para contemplar de nuevo la Ciudad del Alba.

Cruzó un día por el camino frente a mi casa y me sonrió. Tenía unos dientes blancos, todos iguales, *como ovejas gemelas*. Su sonrisa era como el reflejo de la caña de azúcar sobre las aguas de un río mecidas por el viento.

Después, una tarde, vino a mi alcoba, donde tengo una cabeza de Siva esculpida en piedra. Siva permanece con los ojos cerrados, en profundo sueño. Observa aquello que transcurre por el interior de su frente; pareciera escuchar los pasos de alguien que se acerca, estar viendo la copa del Árbol del Paraíso, o poseer ya la visión lejana de la Ciudad del Alba. Por eso sonríe. *Hay una sonrisa para el amor, otra para el odio y una que es para los dos*. Siva sonríe con esta última. Su sonrisa es de placer, de dolor y de éxtasis.

Aquí, de pie, también sonriendo, estuvo la bella Parvati. Es alta, morena. Su piel es de Bengala, formada

con el limo antiguo de la Atlántida, de las montañas del Diluvio. En sus ojos, había algo tan puro, tan extraño y distante, tan dulce, que parecía realmente una virgen o una diosa. Parvati es de la más auténtica tierra de la India, del fondo del árido desierto, de las selvas de los nagas, de las montañas de Asam, del mar de Orisa y de las profundas corrientes del Bramaputra. Se quitó el sari y el olor de su cuerpo desnudo y oscuro era de otro mundo. Un perfume mezclado se desprendía: de azúcar, cañaveral, cielo, río, jazmín y sueño, de suave alcohol, suave tabaco o té, u hoja de betel, o aliche, o sándalo.

Me aproximé muy despacio para besarla en sus labios puros y abiertos. Se entregó al beso como una niña, estremecida. Pero cuando mis manos comenzaron a recorrer sus formas, su suave piel lejana, de otra edad, todo se fue agitando y desde las hondas aguas subieron cañaverales, arrozales, panteras, ciudades sepultadas, arcos, flechas y bosques. Los perfumes me envolvieron, y el antiguo Diluvio sepultó mi mundo, entre palabras inconcebibles, pronunciadas en tiempos remotos, entre suspiros y quejidos de civilizaciones muertas, mientras yo me esforzaba por alcanzar la piedra de luna, en el monte de sus pechos, en ese altar del sacrificio, para lograr la visión de la Ciudad del Alba. Y mientras así moría, yo oraba a Siva, agradeciéndole por el don de esta mujer: «Gracias, oh, Siva, por brindarme esta maravillosa criatura que es la tierra toda, este regalo envuelto en sándalo, en cielo, en la pura esencia de la Madre India. ¡Gracias por esta bienaventuranza...!».

Tendidos, muy juntos, nos contemplábamos, al mismo tiempo que nos recorriamos con caricias ya tranquilas, hablándonos sin palabras, pues su lengua me es casi

extraña. Sus ojos, poco a poco, volvían a aquietarse, a ser los de una virgen, los de Kanyakumari, la Princesa Virgen del Cabo Comorín, al extremo sur de la India, donde las aguas de tres antiguos mares se juntan. Kali, la devoradora, desaparecía, entraba en el sueño, allá abajo, en simas espantables.

Se levantó. Le pregunté por su nombre. Me dijo que se llamaba Parvati. La cabeza de piedra de Siva pareció querer moverse, volver un poco hacia el lado de acá de las cosas, cruzar de nuevo el límite de su profundo sueño. Ella también sabía, por supuesto, que Parvati es la esposa de Siva. Le mostré al dios y le dije: «He aquí tu esposo, te está sonriendo terriblemente». «No», me dijo. «Mi esposo eres tú». En ese momento yo estaba dispuesto a creerle.

Y se fue. Se fue mi esposa de la Atlántida, mi esposa de la India, mi esposa de este día. Caminaba lentamente, como una reina, como todas las verdaderas mujeres de la tierra de India. No la veré más en esta vida, de seguro, pues ni siquiera sé de dónde viene, ni quién es. Pasó un día frente a mi casa por el camino, estuvo una tarde conmigo en mi lecho y yo le entregué otro pedazo de mi vida para así poder alcanzar sobre su pecho la piedra de luna y, a su trasluz, contemplar la Ciudad de los Comienzos. Un pequeño reflejo vi, un pálido vislumbre lechoso, como la imagen de la luna que aparece y se pierde nuevamente.

¡Oh!, mi bella Parvati, ¿dónde irás? ¿Te encontraré otra vez en la rueda eterna del reencarnar? El sabor de tus labios está en los míos, la dulzura de tus dedos en mi pecho, tu perfume extraño envuelve mi mundo.

Me dormí a los pies de Siva y soñé que Siva me decía que en Bengala, allá, en las cumbres de los nagas, él se llamaba An y su esposa, Uma. «Todo es cuestión de nombres»,



me explicaba. «Yo tengo tantos nombres que bien puedo darte a Parvati, conservando a Uma. Bien puedes tú ser Siva, porque yo seguiré siendo An...». Luego me hablaba del Bramaputra: «Ese río te enseñará. Sus aguas corren, se gastan, se pierden, nunca son las mismas; pero el río permanece, sus fuentes son eternas, se renuevan en los profundos manantiales de la tierra, en sus más altas cumbres, en sus mismas nieves. Hay un centro de fuerza que no se apura, que nunca se agota. Se halla ahí en los montes, en el calor del hielo, en sus oasis, en los pechos de Parvati, de Uma, mi divina consorte. Aunque mueras mil veces, si mueres amando de verdad, serás como el Bramaputra, volverás, retornarás siempre. Déjate deslizar, como las aguas de un río, no anheles, no pretendas detener nada; deja que Parvati se vaya, deja que se pierda tu esposa de este día, ya retornará eternamente desde la Atlántida, ya volverán otros días, otros soles...».

Desperté con mi vista fija sobre el rostro de piedra. Muchas cosas más me decía mientras lo contemplaba: *el mar estaba en sus venas*, el río. Pero su rostro y su sonrisa eran también los de Parvati en el instante del placer; porque su sonrisa es la del amor y del odio, del éxtasis divino y de la muerte, de la delicia carnal y del amor de Dios. Del amor de sí mismo. También Parvati fue un náufrago en mis brazos, que reía y lloraba, que pedía y maldecía, que me amó y me odió; todo ello en casi nada, en un soplo de tiempo. Ella también tenía esa expresión, esa verdad de piedra. También *el mar estaba en sus venas*.

Sin dejar de contemplar a Siva, empecé a murmurar, a responderle: «¡Oh, no! Yo no soy río, aún no llevo el mar en mis venas... Necesito un poco más de sueño, un poco

más de Maya, debo prenderme a sus redes y quemar ahí mis alas... Dámela otra vez, hazla cruzar de nuevo por el sendero, frente a mi casa, tráemela envuelta en sus perfumes de la Atlántida, en sus terrones del Diluvio, quiero ahogarme al fondo de sus ojos, perecer en sus colinas, morir en su altar del sacrificio, en las delicias de su piedra de luna, en su oscuro, perfumado trono...».

Inmóvil, Siva aún no me responde. Su sonrisa funesta es la del silencio. Cae aquí como agua, se desliza en la noche antigua. Temblando, yo sé lo que me dice: «Te la daré de nuevo, la hallarás, pero nunca más fuera, sino dentro de ti mismo...».

Con dolor, me inclino ante su estatua.



Las visitas de la Reina de Saba

*Ponme por sello sobre tu corazón,
ponme por marca sobre tu brazo, porque
el amor es poderoso como la muerte.*

Desde que me encuentro en India, yo creo en la reencarnación. Aunque, pensándolo mejor, ya creía antes y bien puede haber sido esta fe mía la que me trajo aquí. No estoy muy convencido, porque mi ciencia es confusa, se envuelve en sueños, no tiene seguridad y es casi la sensación de una vaga espera, que da un tinte poético a mi existencia. Y lo es así, hasta que no aparece la Reina de Saba. Porque cuando ella viene, la sensación indefinida se transforma en certeza y todo un mundo de valores se abre paso y casi estalla. Desgraciadamente, esto sucede siempre que la Reina de Saba ha vuelto a partir. Sólo entonces nos reconocemos y nos añoramos. Sólo entonces mi vaga sensación se convierte en certidumbre. Y descubro que mi alma es tan vieja como la de ella, aunque tal vez un poco menos.

Hay en todo esto de la reencarnación una sutil ironía, porque eso de que dos personas tan íntimas, tan unidas a través de cinco mil años, no se puedan reconocer inmediatamente y deban tratarse al comienzo como dos extraños, casi a disgusto, forzadamente, es incomprensible hasta cierto punto. Porque hay tanto, tanto en común en la carne y en el espíritu, tanta aventura y recuerdo, tanta tristeza, tantos besos, noches de amor, tanta gloria, que parece increíble que su rostro me sea tan lejano en un principio, que casi lo mire a disgusto. ¿Cómo es posible, me digo, que no me arroje de inmediato a sus pies, que no los bese, que no rompa en sollozos, aprisionando esas manos adoradas y perdiéndome en esos ojos que espero hace cinco mil años?

Nada de esto sucede. Y sólo un extremo del manto de la bruma pareciera levantarse en mi cerebro cuando ella y yo cambiamos regalos antiguos y valiosos. Siempre hacemos lo mismo, y este es el primer signo en la eterna historia repetida de nuestro amor. Por eso, a veces, también creo haberle dicho, hace ya mucho tiempo, pero no tanto como la historia de nuestro amor, haberle dicho: «Tus dos pechos son como dos cervatillos mellizos que están paciando entre blancas azucenas, hasta el caer del día y el declinar de la sombra; tu vientre es como montoncito de trigo cercado de azucenas... Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa, huerto cerrado, fuente sellada... Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermana mía, y vente...». Es una música, nada más que una música, que resuena lejana dentro de mi memoria.

La Reina de Saba vivió en Sumeria, hace cinco mil años. Su adorado cuerpo, que no cambia, vio el sol de

aquellos siglos; su cabeza, cubierta de hojas de oro, fue enterrada por primera vez en Ur. Si yo no me olvidara de este rostro circundado de oro vegetal, si mi memoria no fuera tan débil, como para borrar la impresión de esos extraños ojos, no existiría posibilidad alguna de que me fuese desconocida. Porque sus ojos pueden cambiar de color en los milenios, pero nunca esa expresión estática, que refleja la interrogación de un alma que se encontró en la tierra, hace ya tiempo, en un cuerpo hecho de tierra, pero sabiendo que tenía muchos milenios más.

La cabeza de la Reina de Saba fue encontrada en Ur. Como muchas otras cabezas de reinas, está ahora en un museo. Después de su última visita, he ordenado hacer un retrato de esta cabeza, para que ya no me sea posible volver a olvidarla. Pero es ingenuo, lo sé. Y solamente tendría efecto si la Reina de Saba volviese a visitarme en esta vida y durante la presente encarnación... Porque la Reina de Saba ya vino y ya se fue.

¡Oh, alma mía, qué tristeza!

* * *

*¿Quién es ésta que va subiendo por
el desierto como una columnita de
humo formada de perfumes de mirra y
de incienso?*

Cuando la Reina vino, yo estaba orando. Me esforzaba por repetir la sílaba OM, que representa el principio y el fin, la nota fundamental con que Brahma creó el mundo. Deberá ser pronunciada con el paladar, con los labios, con el pecho,

con todo el cuerpo y, especialmente, con el corazón. Un suave escozor estaba empezando a insinuarse en mis dedos, tal como cuando mi mente se prepara para iniciar el paso a otro plano, el tránsito a una nueva dimensión. Recuerdo que afuera, lejanamente, se oían los cánticos acompasados de aquellos que llevan un muerto a las riberas del sagrado Yamna. Las piras de madera de sándalo esperan ardientes. La forma humana de un cuerpo se deshará. Y aquellos cantaban a Rama, a Krishna, al dulce pastor, al vaquero dionisiaco de color azul. Un cuerpo menos, una forma menos. ¡Qué felicidad! El grano vuelve al lagar, el polvo al polvo. La gota de agua será transportada en la corriente eterna... «¡Oh, Bhagaván! ¡Oh, Bhagaván!».

Entonces entró ella y se sentó ahí, en el suelo, junto a mi silla.

La miré sorprendido, pues interrumpía mi oración. Siempre sucede así, después de todo. Quise volver el rostro y me esforcé por seguir con la sílaba OM. Pero algo, algo en torno a ella, algo así como arenas cayéndole encima, me obligó a fijar la mirada en su rostro. ¿Era acaso bello? Sus ojos sí, pero no exactamente esto. Grandes, luminosos. Con una luz que es verdaderamente sombra. Sombra que cae desde adentro sobre una luz envolvente. Siglos sobre algo que está más allá del tiempo. Vejez, descomposición, oscuridad de tumbas, encima de lo eternamente joven. Esos ojos no me dejaban ver nada más del rostro. Había demasiada luz, demasiada sombra. Vi, en cambio, sus manos y los dedos de sus manos. Dedos únicos, también escapados a los siglos. Vestigios de dedos lejanos. Manos que quizás estuvieron por edades bajo arenas, bajo tierra, arañando mármoles o piedras ateridas. ¡Oh, qué belleza,

qué pasión, qué emoción de amor y locura de Dios en esos dedos!

Esa mujer ahí sentada, extrañamente, empezó a entonar una canción. Decía: *¡Polvo, vuelve, florecilla, levántate al sonido de la flauta del dios de cuernos dorados y de pies torcidos hacia atrás...! ¡Mira cómo retorna la primavera en nuestra isla, cómo los racimos se hinchan para ser devorados por el toro. Y mientras el aliento del toro nos alcanza, oye los compases de la flauta del dios niño, nuestro señor...!*

Reconocí la canción de las antiguas sacerdotisas de la isla azul, adoradoras del Minotauro. Y ahora mi alma sentía ya una extraña alegría, repentinamente olvidada de la sílaba OM. Como si en el centro de mi vida una flauta comenzara también a cantar. Y eran esos dedos roedores de siglos, sabedores del desierto, los que pulsaban la flauta del dios azul. Y me pareció que ellos estaban empapados del zumo de las uvas de las doradas primaveras de antaño. Tal vez de las primaveras de Ur.

Entonces le hablé: «¿Qué quieres? ¿Quién eres? ¿Acaso un peregrino que busca las fuentes de la vida...? Empieza por Benares, pudiera ser que esa ciudad alucinante te dé un camino; o ve al monte Kailas, morada del dios Siva, techo del mundo, copa del Árbol de la Vida...».

Pero ella no contestó. Continuó mirándome, siempre detrás de su luz. Aprovechando una pausa mía, se aproximó. Sus manos largas me trajeron el primer regalo: un manto de oro, una vestidura de ceremonia de algún antiguo maharajá de Udaipur. «Es tuyo, te pertenece», me dijo.

Lo toqué, pasé la yema de mis dedos y luego la palma de las manos por esos lunares de oro, sobre el bordado regio... Sí, realmente era mío, lo reconocía.

Entonces me erguí y fui hasta la sala donde tengo mis pinturas sagradas. Contemplé largamente una *tanka* tibetana que representa el Árbol de la Vida. Arriba, en la copa frondosa, Padmasambhava está estrechamente unido a la diosa, en un abrazo de amor y en una postura difícil. Él y ella son uno. En la copa del Árbol de la Vida, en la Sala del Palacio, alguien se ha encontrado con alguien a quien buscaba hace tanto, tanto tiempo, y la alegría del reencuentro se expresa en lágrimas que son frutos en el Árbol de la Vida, uvas, zumo destilado de la flauta del dios azul.

Cogí un bastón fino como un cayado que parece también una serpiente. La plata cincelada envuelve su madera oscura. La empuñadura es la cabeza de un león con ojos de esmeralda. Un pequeño rubí en la frente indica el sitio del tercer ojo, ése que es capaz de ver la Sala del Palacio sobre el Árbol de la Vida y lo que sucede adentro, comprendiendo el simbolismo de ese abrazo de amor. Es el ojo que descubrirá siempre a la Reina de Saba.

Salí y se lo entregué a ella, diciéndole: «Es tuyo, fue siempre tuyo. ¿No lo reconoces? También viene de Udairpur. Quizás perteneció a la reina Padmani, que prefirió morir en la hoguera a ser infiel... Se llama Kundalini, porque semeja una serpiente».

Ella lo tomó entre sus dedos y empezó a palparlo. Era como si esos dedos comenzaran a tocar la flauta del dios azul, la flauta de Siva o el *Lingam* del Sol... Cerró sus ojos para sentir más, para gozar más, y entonces yo pude ver por primera vez sus ojos. Apagada la luz, percibí el cuerpo del astro. Primero vi su frente, amplia, bella como la luna, igual a la de mi Reina amada, cubierta de hojas de oro vegetal. Luego el pelo oscuro, mojado de mirra y almizcle.



Quise arrojarme a sus pies, quise adorarla. Pero no lo hice, pues aún no la reconocía bien; porque aún era casi, porque aún era casi...

* * *

*Yo soy toda de mi amado, y mi amado es
todo mío, el cual se recrea entre azucenas.*

Frente a Bombay queda la isla de Elefanta. Aquí, en esta isla, se encuentra la Caverna de Elefanta. Fue construida por los brahmanes en el siglo sexto. Esforzándome un poco, yo puedo recordar cómo sucedió esto.

Estoy de pie, observando la gigantesca Trimurti. O sea, el dios Siva en sus tres aspectos, como dios, como diosa y como hijo. Tal vez como el sol, girando como swástica, y también como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El Espíritu Santo me ha parecido ser siempre la Reina de Saba y también Shakti, mi diosa oscura.

La Trimurti era distinta en un principio. Fue mutilada por los cañones portugueses o por el furor santo del Islam. Estos furores son siempre iguales y desfiguran la belleza, que nunca es ajena. Hay otras veces que embellecen desfigurando, que completan la belleza. Pues la belleza nunca es perfecta. La belleza, por lo general, es lo imperfecto. Así es la Reina de Saba. Su belleza es incompleta, un poco fea.

Como yo recuerdo bien, y los antiguos brahmanes conmigo, los cañones y las cimitarras apostólicas cortaron de cuajo una de las cabezas de la hoy en día Trimurti. La Trimurti era Tetramurti. Había ahí una cuarta cabeza misteriosa, la que miraba hacia atrás, hacia cinco mil años

del pasado, tal vez hacia Ur, hacia Monhenjo Daro, hacia Harappa, hacia Aryana Vaiji y hacia Avalón, la ciudad de los muertos de la Atlántida. De ahí viene mi Reina, de la Atlántida. Aquella cuarta cabeza era la cuarta dimensión, era la del hijo de la Reina de Saba, que es el hijo de la Muerte. Era nuestro hijo; era la verdadera cabeza del dios que está unido en la copa del Árbol de la Vida y su rostro terrible expresaba el placer inefable del que escucha a la Reina de Saba palpar, tocar la flauta, el *Lingam* sexual de la creación. Por eso los cañones apostólicos, las cimitarras misioneras la cortaron. Y ya nadie, nadie más ha vuelto a recordarla. Yo mismo la olvidé completamente, hasta que no vino la Reina de Saba. Y también los brahmanes la olvidaron, balbuceando los versos de una Bhagavad Gita y de un Ramayana transformados. Los cascos amargos de los hunos de Mihiragula, de los corceles de Samarkanda, de los esclavos de Gazni, de Alfonso de Albuquerque y de la Compañía de Indias, han apagado la luz antigua, borrarán dola de las páginas de algún Gita y Ramayana solares.

Pero no han podido destruir el secreto. En la Caverna de Elefanta aún perdura. Al lado de esos rostros de piedra, en que la divinidad aún vive, se encuentra esculpido en la roca el cuerpo del dios Siva, casi danzando, y hermafrodita. Ahí se halla, terrible, espantable, el secreto. El dios Siva es un andrógino. Su lado derecho es de hombre, pero su lado izquierdo es de mujer. Eva aún no ha salido del costado. Ahí está, esculpido, su maravilloso pecho, igual que el de la Reina de Saba, como *un cervatillo paciende entre blancas azucenas*. ¡Oh, sí, ahí ha vuelto por fin la Reina de Saba! ¡Ha vuelto y ya no se irá más; su pecho, su maravilloso pecho, ha crecido directamente encima del corazón!

¡Y cómo me sentía yo compenetrado con los rostros de la Trimurti! Ellos meditan hacia las tres dimensiones y ya sea dios padre, dios madre o dios hijo, buscan, esperan a la Reina de Saba, esperan su retorno. Los ojos cerrados de la Trimurti sueñan con la Reina de Saba, creen verla venir caminando por el mundo, por sus ardientes arenas. Hay placer en su contemplación de roca, pero también hay dolor, pues jamás, jamás vendrá para quedarse. En las tres dimensiones de este mundo, ello es imposible. La Reina de Saba vendrá, sí, pero sólo para irse otra vez, para volver a partir.

¡Oh, alma mía, qué dolor!

* * *

*Os conjuro por las ligeras corzas
y ciervos de los campos que no
despertéis ni quitéis el sueño a
mi amada hasta que ella quiera.*

Pero volvamos al relato de esta visita. Aquella tarde, cuando los cánticos lejanos de los que quemaban un muerto más sobre las hogueras de sándalo, junto al sagrado río Yamna, se perdían con el humo de las piras y los tambores golpeaban sobre mi corazón, cuando aún las vibraciones de la mágica sílaba OM recorrían las puntas de mis dedos, ella me tomó de la mano y me llevó lejos, a las playas de Madrás. Dijo algo que yo ya sabía. Dijo que el sur de la India nos era más venturoso, pues quedaba abajo, más abajo.

Yo iba cubierto con mi veste de oro y ella marchaba apoyada en su kundalini de plata. No es que ella necesite

de un bastón, pues es joven y bella. Son sus cinco mil años los que lo necesitan.

Era el dorado mes de mayo, cuando el calor comienza en India. Ese calor que reseca el aire, parte la tierra y deja vivo en el hombre sólo aquello que es incombustible. El mar de Bengala exhalaba un vaho espeso, como el de un enorme agonizante. Y el cielo de la noche estaba lleno de estrellas. Eran millares, millares.

Ella se tendió sobre las arenas candentes, que han sido su lecho por tantos siglos, y miró al cielo. «No ha cambiado», dijo, «es el mismo, siempre el mismo. Me lo sé casi de memoria. Y, sin embargo, es siempre nuevo para mí. ¡Qué jóvenes somos en comparación con el cielo!».

También me tendí apoyando mi cabeza sobre sus largas piernas. Los huesos de mi cráneo estaban empezando a reconocer los huesos de sus rodillas. Porque ciertamente no existe un hueso de mi cuerpo que no conozca un hueso del suyo.

Entonces vinieron unos niños oscuros e infernales, que comenzaron a danzar en la sombra, bajo el cielo. Danzaban, murmurando canciones descaradas, profanas. Completamente desnudos, bailaban en círculos, corrían, se arrojaban en medio de las olas, regresaban chorreando espuma, sudorosos, acalorados. Luchaban entre ellos, se revolvían en las arenas y danzaban, danzaban como demonios. Ah, ¿no nos dejarían nunca en paz, nunca solos? Y nosotros queríamos estar solos, solos después de tanto tiempo.

¿Qué deseaban esos niños oscuros? Cantaban del amor, hablaban del cuerpo y del amor del cuerpo.

Les di dinero y pedían más, siempre más. ¡Ah, esos fantasmas de la India, alucinantes, que se aparecen entre uno y la Reina de Saba, pudiendo destruirlo todo!

Cantaban en tamil, o puede que en sumerio antiguo, siempre danzando: *las mandrágoras están desprendiendo su perfume...*

Pero a lo lejos apareció un pescador que arrastraba sus redes y tocaba una flauta. Y los muchachos desaparecieron como ante un conjuro.

Así sucede en India: hay que saber esperar.

Ahora nos tendimos sobre las arenas ardientes; oprimí su cabeza contra mi corazón. Y es curioso, con su oído escuché los latidos de mi propio corazón. Y era como si las lejanas constelaciones latieran al compás de mi propio corazón.

Al ritmo de los astros y de la flauta del pescador hindú, nos dormimos, suavemente, en ese mes de mayo, en ese verano de Madrás.

Y esa noche fue otro día.

* * *

*¡Ea, confortadme con flores aromáticas,
fortalecedme con olorosas manzanas,
porque desfallezco de amor!*

Despertamos cuando la marea nos alcanzaba. Las olas subían por sus largos muslos. Nadie había en la playa. El pescador se había ido, las estrellas estaban cubiertas por nubes bajas. La palpaba ahora, la sentía. Ella me envolvió lentamente con sus brazos, con sus piernas, con su cuerpo todo. Y yo también a ella. Teniéndola así estrechada, me era fácil recordar *El cantar de los cantares*. Y se lo dije de nuevo, despacio, con palabras inolvidables: «Has venido, al fin. Tus muslos son largos como el verano de la India y como

él queman, queman aun en el agua del mar... *Y la juntura de tus muslos es como gozne labrado de mano maestra.* Tus pechos son los de la Virgen del Templo del Cabo Comorín, ahí donde las aguas de tres antiguos mares se juntan... Pechos pequeños, aún secos, de virgen, de Reina virgen... El agua del mar deberá alcanzarlos y yo la haré subir hasta ellos con mis labios. Entonces, iniciarán el vuelo como palomas, saltarán como cervatillos por los collados, llegarán hasta esas otras regiones olvidadas, al oscuro trono donde una pequeña Sulamita vive en ti. Allá, en ese mundo sombrío, en esa antigua Ur, donde está tu trono, también haré salir el sol... Lo haré salir con mis labios, con mis versos ardientes, con este cantar que abrirá el camino a la flauta del dios azul... ¡Oh, qué bella, qué bella eres Sulamita y cómo es de miel tu boca, tus labios, tus dientes, tu paladar! *Miel y leche tienes debajo de la lengua... ¡Tú, la fuente de los huertos, el pozo de aguas vivas...!*».

Entonces, ella, entre besos húmedos, cantó: *¡Las uvas vuelven, la primavera retorna sobre nuestra Isla y, desde el fondo del mar, ya se acerca cantando el dios de las piernas torcidas, el niño azul, nuestro señor!*

Y sucedió lo inesperado. Aquello que por una casualidad he vivido ahora en el mundo de los hombres. Casualidad, destino, seguramente lo mismo. Estaba tan inmerso en ella, tan absorto en mi cantar, en mi amor, que penetré en su cuerpo, lo poseí entero, me apoderé de él. Y parece que a ella le sucedió otro tanto, si no con mi cuerpo, al menos con mi alma. También yo le robé su alma. En ese momento yo fui ella y ella fue yo. Y cuando el amor vino y su ola nos cubrió, cuando el placer vino, junto con la primavera ardiente de mayo, yo sentí con su cuerpo y con su alma

y ella sintió con los míos. Yo fui Siva y Parvati al mismo tiempo y ella fue la Reina de Saba y Salomón.

He aquí el misterio de la Caverna de Elefanta.

Y esto tan olvidado por el mundo, que ya no aparece en las páginas de ningún Gita o Ramayana, fue descubierto por mí sobre las ardientes arenas, junto al mar de Bengala.

Pero hace cinco mil años, cuando ella y yo éramos jóvenes, se sabía mejor de todo esto.

Desnuda, se fue corriendo hacia el mar. La seguí, saltando sobre mis pies torcidos, tocando mi flauta, la flauta rediviva del dios azul.

Y cantábamos: *¡Oh, Vaquero Azul de las Constelaciones, el corazón de las Copis está maduro y tú estás morado de pasión. Como las uvas, como las uvas de nuestra Isla lejana, como el trono de la Sulamita de Ur...!*

Y así se fue. Así se fue de nuevo, a través del mar. Y sólo entonces yo supe que era la Reina de Saba, mi Reina, que había vuelto después de tanto, tanto tiempo y que volvía a abandonarme.

Y lo que yo experimenté fue lo que seguramente Rama sintió cuando el demonio de diez cabezas y veinte brazos le robó en la selva a su amada Sita.

* * *

*¡Vuélvete, vuélvete, oh Sulamita;
vuélvete a nosotros, vuélvete para que
te veamos bien!*

He pensado mucho desde que la Reina de Saba partió. Solo en mi cuarto, vuelvo a contemplar mis cuadros del

Tibet, mis pinturas sagradas. Envuelto en la túnica de oro, todo tiene ahora para mí un significado diferente. Aun la sílaba OM, la que todavía no me atrevo a repetir. Porque no pierdo la esperanza de que mi Reina regrese y de que podamos reiniciar nuestro breve amor. ¡Ah, el corazón del hombre, con tanta ansia de eternidad, con tanto deseo de destruir lo que una vez logró!

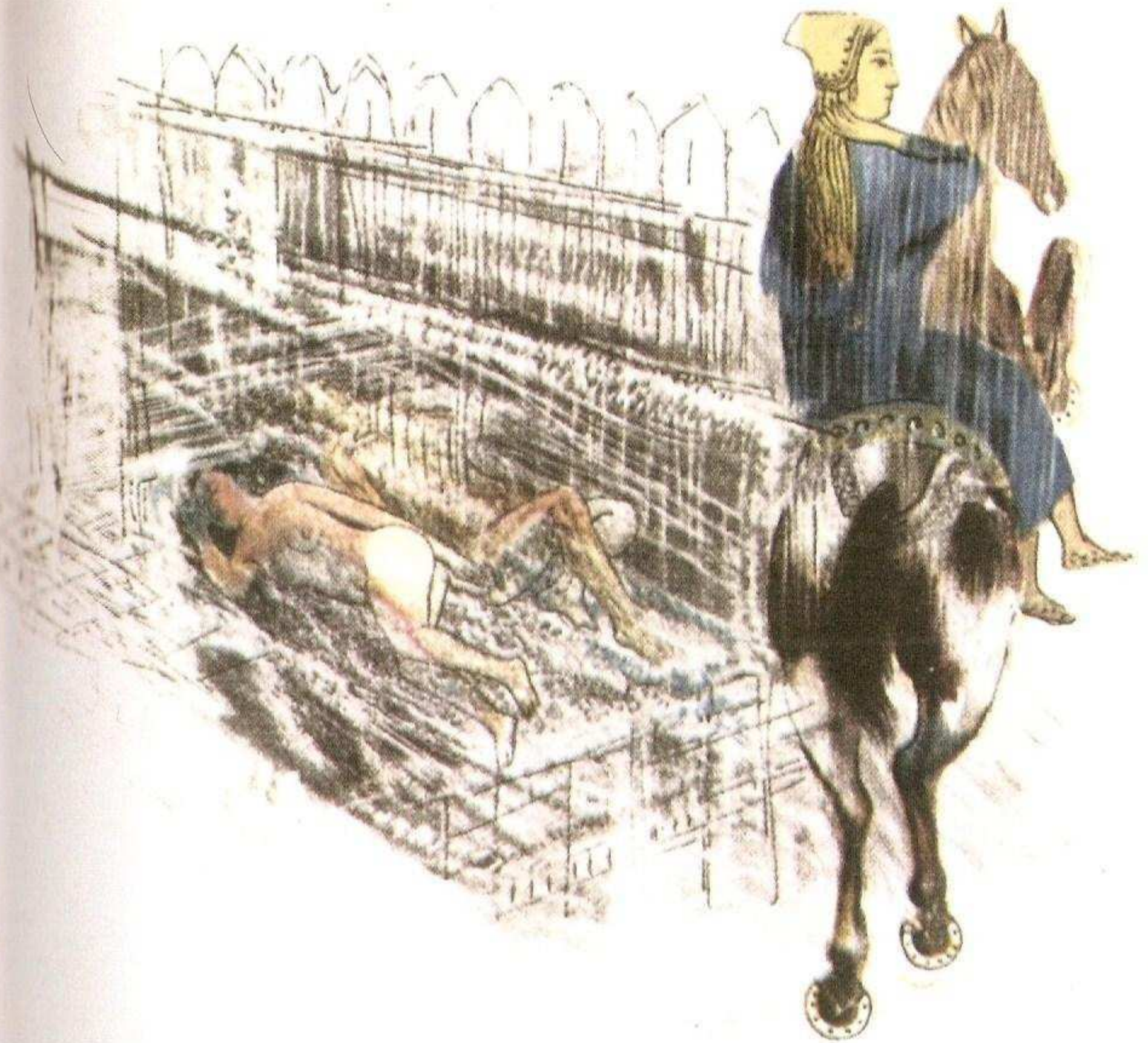
Solitario, recuerdo mis años de peregrinaciones en India, de búsqueda apasionada. Y miro todo desde un nuevo sentido. Hoy deseo ser como un río, como el sagrado Ganges, que nace en las cumbres de los Himalaya, riega las ardientes tierras, arrastra hojas, maderos, cuerpos de animales, de hombres y hasta de dioses yendo a perderse en el mar. Para el río todo es idéntico, todo es digno de su divina trayectoria; no hay luz ni hay sombra, sólo hay movimiento, antes de llegar al mar.

Sí, como un río, yo he ido hasta el pie del sagrado monte Kailas, en los Himalayas, en el cercado Tibet, más allá de la línea de las lluvias, morada del dios Siva y de Buda, el Liberado. Y como él, he bajado hasta el final de la India, hasta el Cabo Comorín, donde las aguas de tres viejos mares se juntan. Y hoy sé que en ambos extremos hay templos.

Esto lo aprendí sobre el cuerpo de la Reina de Saba, porque su cuerpo es como el mundo.

Y este conocimiento fue el segundo regalo que ella me dio.

* * *



*Mientras estaba el Rey recostado en su
asiento, mi nardo precioso difundió su
fragancia.*

Era de noche y era noviembre. Era el 5 de noviembre. Número impar que tan bien representa a las fuerzas del Destino. Me dormí sobre mi viejo sillón chino, cubierto con la veste de oro de Udaipur. El invierno de Delhi, de mi Vieja Delhi, ya comienza, y hace frío, frío en el alma. Me vi, de pronto, quieto, en un camino, junto a una alta torre o casa. De arriba cayó algo. Y un joven, que allí estaba, lo recogió para mí. Era una flor blanca, un diminuto girasol. El joven me dijo: «Todos sabemos de dónde viene y quién te lo envía...». Miré hacia arriba y comprendí que era ella que me la arrojaba para indicarme su presencia. Corrí. Crucé puertas y llegué junto a una escala. La subí apresuradamente. En lo alto, en un espacio cuadrangular, asomada a un balcón, estaba ella. Contemplaba una plaza de provincia, en la que se destacaba el campanario de una iglesia. Me sintió llegar, me vio arrojarme a sus pies, murmurando palabras entrecortadas. Y me dijo: «Mío, mío... Sí, antes eras mío con otros, con el mundo, con todos. Pero ahora sin nadie, sólo tú... He matado a todos los demás... ¿Sabías tú que esto es también un crimen?».

«Sí», le dije, «lo sabía. Si no fuera un crimen, no sería lo que es...».

Y desperté, desperté con ella entre mis brazos. Tan real fue todo. Su calor, su cuerpo, la luz sombría de sus ojos, se demoró mucho en desaparecer... Era esto más real que la realidad misma.

Y cuando ella se hubo ido definitivamente, y tal vez para siempre, descubrí una flor blanca sobre las pequeñas cruces de oro de mi manto de rey.

Y este fue el tercer regalo que ella me trajo.

* * *

*Ven, viento, a soplar sobre mi huerto
y espárganse sus aromas por todo el mundo.*

Afuera batían los tambores nocturnos. Ya en el amanecer, los fieles entonaban sus cánticos de alabanza, camino del río, donde santificarán sus cuerpos los que mañana serán consumidos por el fuego. Formas, formas trashumantes, en las redes de Maya, la Ilusión...

Arriba, húmeda, apareció la Estrella de la Mañana.
¡Oh, alma mía, qué felicidad!

El hermano del silencio

Vino hace tiempo y me dijo que deseaba escuchar mi silencio. Se había descalzado según la costumbre, sentándose con las piernas cruzadas en un rincón del cuarto. Estuvo así largo rato, hasta que las sombras de la noche no me dejaron ver más su rostro. Recuerdo que también traía un perro. Era un perro pequeño, que permanecía reclinado en su falda de monje del Tibet.

Cuando las sombras se hicieron, me narró su historia. Vive en Almora, la puerta que en el Himavat lleva al sagrado monte Kailas. Ahí escucha el silencio de las cumbres himaláyicas. (Porque es en *el silencio de las blancas cumbres en donde florece el ígneo lirio del amor eterno*). Sin embargo, no nació aquí, sino en los hielos del norte, junto al mar que vio surgir la piedra de luna. Ahí se sentaba a escuchar el silencio que viene de las olas.

Pero no todos entienden esto. Y fue necesario partir en busca de un lugar en el mundo en donde los hombres conozcan el lenguaje del silencio.

Nada mejor que el Himavat. Nada comparable a su silencio. Y, desde entonces, Sunya Bai, el hermano del silencio, vive en diálogos silenciosos con las cumbres nevadas del Himalaya. Viene a Delhi muy de tarde en tarde y solamente cuando se hace necesario iniciar algún diálogo especial dentro del silencio, con alguien también especial y sobre el cual es advertido a tiempo por los silenciosos habitantes de las nieves eternas.

Posiblemente a esto deba su visita. Sólo me pidió que no hablara, que no dijera nada, y se sentó ahí con su perro, cubierto con su extraño turbante y su vestimenta tibetana. Mucho rato estuvo escuchando mi silencio y tal vez conversando con mi alma, sin que yo lo supiera.

Y fue él y no yo quien habló. Y me contó todo lo que acabo de explicar. Me dijo, además, que a él no le interesaba lo que los seres humanos pudieran decir con palabras; le interesaba su silencio. «Hay gente que habla muy bien; pero, en cambio, tiene un mal silencio», dijo. «Y es el silencio lo que importa. La preparación para el gran silencio...».

Y se fue.

Entonces corrí a la puerta y le pregunté por su nombre; pero por su nombre del mar del norte, por su nombre de la piedra de luna. Y él me contó que se llamaba Alfredo.

Y así supe que era un hombre y no una mujer. Porque este personaje extraño no tiene sexo. Durante tan largo tiempo, sentado en mi cuarto con su perro, yo creí estar junto a una mujer, sin edad, aunque quizás un poco vieja.

* * *

Ahora bien, yo quiero saber qué estuvimos conversando dentro del silencio, por tanto tiempo, desde el mediodía, hasta que las sombras de la noche se hicieron y ya no pude ver más ni su rostro ni su perro.

Han pasado muchos años y no lo puedo saber. Sunya Bai vuelve a veces, siempre inesperadamente. Se sienta a escuchar mi silencio en cualquier rincón de mi cuarto. La última vez que vino, se sentó en el suelo, en el mismo sitio que lo hiciera la Reina de Saba. Y, entonces, de súbito se encendió la luz dentro de mi silencio y comprendí que siempre le había estado hablando de la Reina de Saba. Preguntándole por su regreso.

Una sonrisa de aprobación iluminó el rostro de Alfredo.

* * *

Ha venido por última vez. Fue ayer, de noche. No traía ahora a su perro. Y estuvo todo el tiempo de pie, cubierto de sombras, con el bordón del peregrino entre sus manos. Va de viaje al Sikkim, en las rutas del Tibet. Me contó que tenía setenta años de juventud, que era setenta años joven. Y me dijo que su perro había muerto. Todo esto me lo explicó en silencio.

Yo también le hablé de mi perro, allá en los hielos de la Antártida.

«Sí», me dijo, «nuestros perros no son perros. ¡Pobre gente que cree que hemos estado hablando de perros! Antes de abandonar su cuerpo, el mío me contó que reencarnaría en el Sikkim, en otro perro. Ya está encarnado. Y voy a buscarlo; porque tomará de nuevo el cuerpo de un

perro para así completar el mío. Y yo sigo en este cuerpo joven de setenta años para completar el suyo. Él no ve colores. Yo en cambio los veo. Pero él conoce a Dios en el olor, y yo aún no. Sin embargo, hay algo que nos es común: el silencio».

«¡Oh, Sunya!», le dije. «¿Acaso estás ya en la copa del Árbol de la Vida, teniendo a tu perro en las rodillas? ¿Acaso eres ya Padamasambhaba? ¿Quizás por esto no supe que tú eras Alfredo?».

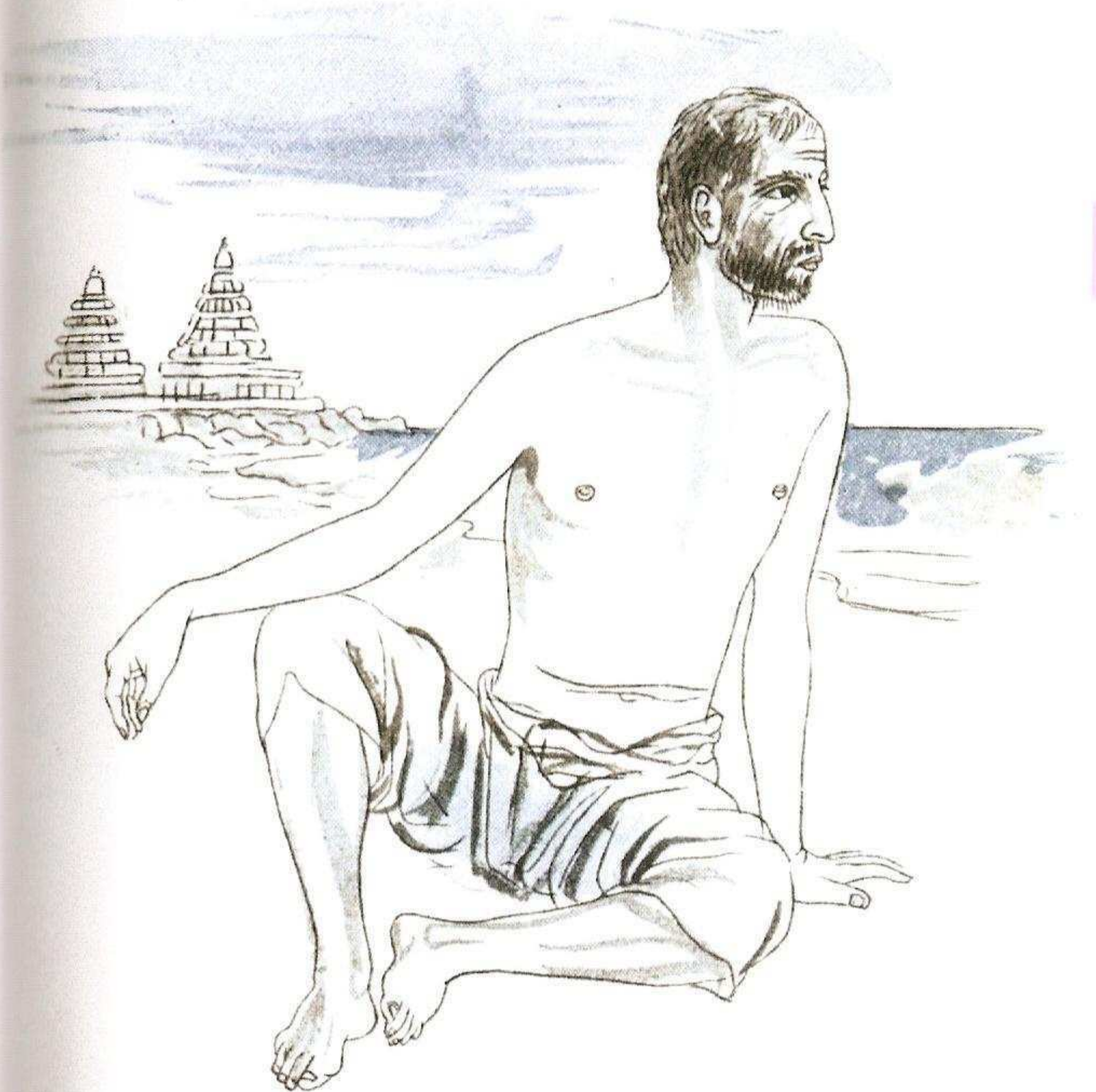
* * *

Le veo ir allá, allá lejos, caminando, preguntando a todos los hombres por su perro. También le pregunta a las cumbres, a los animales y a los pájaros. Porque él conoce su lenguaje, el lenguaje del silencio.

«¿Han visto a mi perro?», pregunta Sunya. «Es un perro pequeño, de bucles oscuros o tal vez dorados».

«¿Cómo se llama tu perro?», le responden.

«¡Ah!», dice él, «creo que se llama Sulamita, cervatillo, y debe estar paciando entre blancas azucenas».



Las huellas en la arena

He vuelto a las playas de Madrás. Mucho tiempo hace desde que el pescador tocara su flauta nocturna. Voy por estas arenas. El mar exuda su pesado vapor, respira como un agonizante, como una gran bestia prehistórica. Hundo mis pies descalzos en la arena húmeda y ardiente. Llevo el pecho desnudo, empapado en sudor. Allá lejos se pone el sol y se levanta la pálida luna; pero mis ojos están fijos en estas arenas, buscando las huellas perdidas. No las encuentro. ¿Será que las capas de la tierra se han sucedido unas a otras? ¿Serán los siglos? No lejos de aquí crecen árboles de flores lechosas. He ido a cogerlas nuevamente. Antes, saltando hacia sus ramas altas, pude alcanzar sus flores y ponerlas en las manos de mi amada. Un líquido espeso se desprendía de ellas y se deslizaba por entre sus dedos finos, como si fuera el zumo de las uvas en las primaveras de Ur. Ahora los árboles no tienen flores, los racimos están secos. Sólo las raíces continúan humedecidas.

La noche ha caído. Me tiendo sobre la playa y escucho el hondo ruido del mar hasta que, blanqueado por la luna, parece querer hablarme. Apoyo mi cabeza en la arena y escucho. «Debe ser el latido de su corazón junto al mío», me digo, «porque aquí se agitó, mientras cantábamos viejas canciones del ayer». Y extendiendo mis manos para acariciar sus largos muslos ya perdidos. En la noche creo sentir sus dedos entrelazados con los míos, adheridos por el zumo de la flor del Árbol del Paraíso.

Me he dormido junto al mar. Entre sueños me parece oír la voz de un niño que canta: *las mandrágoras aún despiden su perfume*. Y ahí, por la playa, veo venir danzando, al compás de los sonos de su flauta, al dios azul. Viene desnudo y azul, joven y anciano, hombre y mujer. Me observa con una sonrisa de complicidad, con expresión antigua, de malicia primordial. Trae cuernos dorados y su flauta tiene plumas, flores y alas. Sin dejar de cantar y de danzar, me señala con un dedo azul, de uña de oro, un lugar cercano, mientras exclama: «¡Ecce OM!».

Despierto. La luna ilumina las arenas como la frente de mi amada. Pienso: «Las arenas son el desierto; por aquí han ido sus pies a través de los siglos, sus amadas plantas; pero las edades geológicas han deshecho ya sus huellas».

Me pongo a excavar en el sitio indicado por el Vaquero Celeste, por el Dios Azul. De seguro que estoy hurgando en mi propia alma, en sus desiertos. Y abajo, más abajo de las arenas, encuentro la huella de un pie. Pero también hay sangre; porque ese pie ha sido traspasado por un clavo.

El regreso de la Reina de Saba

El Valle de Kullu, o Valle de los Dioses, queda en los Himalayas adentro. El viaje es largo. La luz golpea sobre las vertientes, sobre las suaves colinas, los bosques de pinos y de higueras. Las manzanas son agrias, las flores crecen en los barrancos. Y arriba, más arriba, se encuentran las nieves. Aquí suben los gadis, un pueblo de pastores nómadas, que perteneció originariamente a la casta guerrera, oriundo tal vez de Rajastán. Parecen griegos de los viejos tiempos. Visten pieles blancas, en torno a la cintura se anudan cuerdas trenzadas y se cubren con gorros de lana también blancos. Viven en las cumbres, con sus ovejas.

Cruzando el paso de Rohtang, a más de trece mil pies de altura, se va a Lahoul y Spiti, se pasa la línea de las lluvias y se cae en el paisaje del Tibet. Sobre las montañas moradas también golpea la luz y alguien pareciera marchar descalzo por los senderos escarpados. Aquí se encuentran piedras, amontonadas por los peregrinos y los lamas, con la inscripción *On mane padme hum*.

El último poblado, antes del paso de Rohtang, es Manali. Todo el Valle de los Dioses está habitado por gente alegre y pagana. Al igual que los gadis, pareciera venir de muy lejos y seguramente llegó aquí escapando de la invasión mongola. Conservan el tipo ario casi puro, aunque algo en sus tradiciones y ritos es anterior, perdiéndose en la noche dravídica, en el misterio sombrío del Valle del Indo, quizás si en el de la Atlántida. Esto sucede siempre así en toda la zona himaláyica y transhimaláyica. El misterio está en la piel de esta gente. En esa piel que, aun cuando blanca como la de gadis y arios, se encuentra manchada a trechos por la noche de la Atlántida, por las sombras dravídicas, por la oscuridad de Siva o An, de Anil o Muruga, de la negra Amma, o de la negra Kali.

Curiosamente, los habitantes del Valle de los Dioses tienen sífilis. Es un mal endémico. De generación en generación viene transmitiéndose y la raza pareciera encontrarse inmune en contra de sus efectos. Los sifilíticos del Valle de los Dioses son verdaderos dioses en su belleza y en su infinita alegría. No hay pueblo más feliz. La sífilis les ha hecho realmente dioses. O tal vez, por ser dioses, no les afecta.

Adoran a los Richis antiguos y cada aldea tiene su Richi. El Richi Manú, el Richi Beas, el Richi Gautain, el Richi Vashist, el Richi Kastikswami y tantos otros. Cuando no están inclinados sobre la tierra, sobre los arrozales, sobre los huertos y las manzanas, están batiendo los tambores y sonando la flauta.

Y cantan, danzando por entre los bosques de pinos olorosos. Las mujeres llevan pañuelos rojos o polleras de colores violentos. En las altas cumbres, junto a los rebaños de cabras, invitan al amor al viajero. Y en sus labios

gozosos y en su amor alegre, traspasan también el alma de los pinos y de la sífilis.

Estas mujeres tienen ojos inmensos, brillantes, abismales. Tienen ojos color de abismo.

Sobre los arrozales de un verde profundo, ellas cantan al viento de los bosques altos:

*¡Oh, Madre, aun Brahma e Indra, quienes han
cumplido con cientos de ritos y sacrificios y otros Devas,
aun ellos, quienes viven en el cielo y han bebido el néctar
que destruye el miedo a los enemigos, a la vejez y a la
muerte, aun ellos perecerán! Pero Siva, quien ha bebido
un veneno mortal, no ha muerto. ¡Y esto gracias al
ornamento de su oreja!*

Y luego la noche entera resuena con danzas y timbales. El ritmo aumenta a trechos y pareciera como que corros de aldeanos fueran avanzando por entre los montes y plantíos.

Desde los poblados, en las colinas empinadas, descenden las procesiones que traen al dios. Es el Richi Manú. El mismo que dictara hace milenios el *Código de la Ley*. Ahora está reducido a un pobre muñeco de madera, puede que también sifilítico. Y bastante impotente, pues no ha podido hacer llover. Por ello sus fieles, y en especial su Intérprete, lo castigan. Lo llevan en procesión al templo del bosque en donde lo encerrarán hasta que las gruesas gotas de lluvia descendan sobre los arrozales y sobre las manzanas agrias.

El Intérprete, o sacerdote, va delante del pueblo. Viste un traje grueso de montaña, trae las rodillas desnudas y un gorro de mimbre trenzado. Danza una pantomima. Hace

como que no puede tirar de las andas sobre las que traen al dios, como que Manú se resiste, como que está luchando con él. Manú es un dios porfiado, rebelde, que no quiere ir al castigo. Y hay que llevarlo a la fuerza. En este juego, el Intérprete llega al templo agotado de tanto tironear a ese dios insignificante y forzado.

Pero el templo es otra cosa. Aquí el pueblo de los dioses se silencia. Para este templo, el pueblo guarda otras canciones.

Sudoroso, tembloroso, sifilítico, el Intérprete cae de hinojos y canta:

*¡Oh, Casto, sólo tu Esposa existe en el tiempo
de la Gran Desilusión! ¡Todos los otros mueren:
Brahma, Hari, Yama, Kubera, y aun el despierto
ojo de Indra se cierra!*

Es el templo de la Madre, de la Esposa, de Kali, la Devoradora.

* * *

En medio de este bosque de pinos inmensos y olorosos, se ha levantado el templo de madera. Su construcción es típica de las montañas himaláyicas, con techo curvo como pagoda. Las maderas están carcomidas por el tiempo, pues es un templo muy antiguo. Huesos de animales, cráneos de ciervos penden a su entrada. El templo ha sido edificado en torno a una enorme roca. La roca tiene un saliente en forma de mesa plana, como un altar, el cual se mantiene sin soporte alguno. Es una piedra extraña, negra, pulida por los milenios. Con seguridad ahí se han realizado sa-

crificios humanos. Esa roca es muy anterior a todo lo que ahora existe, está manchada por el color de la Atlántida, es realmente el asiento de Siva y de su Negra Esposa, Kali, la bebedora de sangre.

Murciélagos vuelan aquí dentro y, bajo la roca horizontal, se encuentra un falo de madera, un pequeño *Lingam* adornado con flores, y también, una manzana agria y verde.

En este recinto se ha dejado en penitencia al pobre Richi Manú. Está llorando de terror. Y tal vez sean sus lágrimas las que lluevan sobre los arrozales.

Mientras tanto, afuera, el Intérprete ha caído en trance. Todo el pueblo está congregado en torno suyo. Se batien los tambores en un ritmo acelerado y los bailarines de las espadas inician danzas cadenciosas. Pero ahora todos callan porque el Intérprete está botando espumarajos. Su pelo suelto le flota sobre los hombros y su figura tiene algo de ridículo y tremebundo. La Negra Esposa empieza a hablar por su boca. Y el pueblo le pregunta cuándo hará llover.

El Intérprete responde:

*¡Oh, Madre, la lluvia vendrá de abajo, desde el
arrozal. Y la Negra Esposa será poseída por
su Esposo en medio de la sangre menstrual.
Sólo entonces, sólo entonces lloverá...!*

* * *

Agitado, tembloroso, cubierto de un sudor frío, desperté esa noche sobre mi lecho. Afuera aullaba el perro. De nuevo aullaba. Creí que nunca más sucedería. Porque si mi amigo Sunya Bai no ha encontrado a su perro en el Sikkim, yo he recuperado al mío en el Valle de los Dioses, a mi perro

de bucles dorados, que muriera o se perdiera hace tantos años en los hielos al sur de mi patria. Y ahora aullaba de nuevo. Y sentía su terror en el peso del aire.

Había venido a Manali, en el Valle de los Dioses, y vivía en una casa en las alturas, esperando el regreso de la Reina de Saba. El perro me había prometido aullar cuando ella viniese. Pero no de este modo, no en esta vieja forma de terror y desesperanza. Temblando, me levanté y abrí la puerta de mi cuarto. Afuera, la noche era amplia. Un tambor resonaba entre los bosques. Mi casa se encuentra empinada sobre las colinas, mirando los glaciares, por los que siempre parece ir alguien descalzo.

No vi al perro, no vi a nadie. Pero, al final del pasillo de piedra, una sombra empezó a moverse. Era la mujer *hariján*, esposa del intocable que limpia las letrinas desde hace dos mil años. *Hariján* significa hijo de dios. Toqué a la intocable y la empujé dentro de mi cuarto. Encendí la luz y vi sus ojos color de abismo y sus labios gozosos, suavemente entreabiertos. Ella entendió y no opuso resistencia para desnudarse. Comprendió que yo estaba desfalleciente de miedo ante los siglos, de miedo ante la Atlántida. Y se abrió entera sobre mi lecho. Voy a describirla: piernas largas y delgadas, pies finos y ásperos. Manos con dedos en donde la locura de Dios ha dejado su marca, con uñas que han estado por edades arañando piedras, arenas, mármoles ateridos. Pechos blandos, pequeños, sexo cálido, oscuro. Ojos llenando todo el cuarto, toda la noche, todo el mundo. Y su piel, sucia, manchada a trechos con la sombra de la Atlántida. El olor de la mujer *hariján* era el de las ovejas, el de los terrones, el del arroz en la raíz, más abajo del agua. Calor, piel, olor de animal humano.



Por eso aquella noche yo tuve la impresión de haber yacido con un perro. Además, esa mujer estaba cubierta de sangre menstrual.

Y cuando de nuevo abrí la puerta de mi casa y salí al aire de la noche, afuera llovía. Gruesos goterones caían sobre los arrozales.

* * *

Corrí en la noche. Saltando descendí por las colinas. Iba en busca de mi perro de bucles dorados. Y lo llamaba a gritos, y a veces silbaba de una manera especial, con un silbido de la infancia que él también conoce.

De este modo llegué al templo de la madre y abrí su pequeña puerta. En la oscuridad veía apenas, y murciélagos me rozaron. Pero no eran murciélagos sino la lengua húmeda de mi perro que allí se hallaba. Poco a poco pude ver. Y vi también al Richi Manú, al muñeco de madera, al dios castigado.

Y le hablé: «Ya estás libre, Manú. Afuera llueve sobre los arrozales... Tu libertad se la debes a la mujer que tú pusiste en la raíz oscura del arroz, bajo el agua, hace miles de años. La mujer que tú esclavizaste es la que te da la libertad».

Pero el muñeco dios pareció no interesarse. Abrió su boca de madera y me dijo: «No hables tanto, acuérdate del hermano del silencio ¿...Pusiste atención en los aretes de la mujer *hariján*? Siva pudo beber el veneno gracias a los ornamentos de su oreja. Esa mujer no ha sido nunca esclava. Este pueblo no ha tenido nunca sífilis. Pero, ¿sabes tú qué es el ornamento de la oreja de Siva? El ornamento de la oreja de Siva es tu amigo Alfredo...».

Ahora yo estaba de nuevo temblando. Tal vez a causa de la lluvia, que me había calado hasta los huesos. Sí, porque el frío venía de los huesos. Me senté en un rincón y mi perro vino a reclinarse sobre mis rodillas. Entonces, el sueño comenzó a invadirme. El sueño letárgico. Mientras tanto, el muñeco de madera recitaba:

*¡Oh, Padre-Madre, te saludo! La Esposa
eres tú mismo. ¡Empieza la gran Danza! El
universo existe y no existe por vosotros Dos. Y el
ojo de Indra se abre...*

Abajo, en la base de mi columna vertebral, sentía frío, un frío eterno. Entonces, el perro, mi amigo fiel, me pasó la lengua, e instantáneamente el fuego blanco, el fuego de hielo, se irguió en su oasis. La Serpiente del Paraíso se abalanzó sobre el altar de Kali para apoderarse de nuevo de su manzana agria, para redimir la tentación de los primeros Padres, de los primeros Dos, del Esposo y de la Esposa. Subía la Serpiente, saltando de rama en rama, de flor en flor, cantando por los collados, y el ojo de Indra que se abría era una piedra de luna entre mis cejas.

Entonces, mi corazón latió hasta casi salirseme del pecho, pues me pareció escuchar en la noche, en el templo del Valle de los Dioses, el ruido de los pasos de la Reina de Saba que venía afirmándose en su kundalini de plata.

Y a medida que los pasos se aproximaban, el falo de Siva crecía hasta alcanzar la piedra negra del altar de Kali, la cual tomaba cada vez más la forma del sexo de la mujer *hariján*, que yo había poseído en mi lecho de las colinas. Cada vez más, hasta que, a través del cristal lechoso de mi piedra de luna, descubrí ahí, sobre la negra losa, a mi

amada Reina, de pie, con sus ojos de abismo y con su alma destrozada y loca. Me llamaba, me ordenaba ir hacia ella, para morir junto al altar. Y a medida que yo moría, mi fiel perro me acompañaba.

Y cantábamos:

*¡Reverencia, a ti, que tienes tres ojos,
que estás loca,
que eres anciana
y sin embargo joven!
¡Reverencia, a ti, que eres Padre
y Madre, hembra y perro,
que eres todas las cosas
y que, sin embargo, estás más allá
de todas las cosas!
¡Reverencia, a ti, oh Madre asesina!*

Y a medida que todo desaparecía, tragado por las sombras, sobre esa piedra de la Atlántida, una figura desnuda se recreaba, completamente ilusoria, con dos aretes, uno de hombre y otro de mujer, teniendo la forma extraña, casi redonda, de un astro, y también de la sagrada sílaba OM.

Era el regreso, el matrimonio de la Reina de Saba.

El invitado

Esa figura completamente ilusoria es Ardhanarisvara, el andrógino, el de los dos aretes. Su forma es la de la sagrada sílaba OM, la cual se escribe AUM. A es Brahma, al amanecer; U es Visnu, a mediodía; M es Siva en la oscura noche.

Esa figura ilusoria ha sido formada sobre el altar del sacrificio con la sangre de la mujer *hariján*, con la sangre del perro y con la mía propia. La han recreado las manos maravillosas de la Reina de Saba, sus dedos, en los cuales tiembla la locura de Dios, sus uñas, que han estado bajo arenas, arañando piedras ateridas, mármoles vetustos. También la Reina de Saba ha derramado su sangre para crear la suprema ilusión de Ardhanarisvara. Porque la Reina de Saba también ha muerto.

Las bodas se han cumplido, pero para que hayan podido realizarse, ha debido venir un Invitado. Y es él en verdad quien crea la gran ilusión y el supremo sacrificio de tantos. El Invitado se detiene junto al altar, cerca de

la piedra de la Atlántida. Se apoya en una Cruz que está siendo devorada por una serpiente con cabeza de dragón y ora, aproximando las palmas de sus manos.

Esta es su oración:

La tierra está en los pies, hasta las rodillas; ahí hincan las raíces del arroz.

El agua está en las rodillas, hasta el vientre; ahí el perro lame las plantas de la mujer hariján.

El fuego está en el vientre, hasta la garganta; ahí vive y sueña la Reina de Saba.

El aire está en la garganta, hasta el entrecejo; ahí crece la piedra de luna.

Lo invisible está desde el entrecejo al trono; ahí estoy yo.

Y continúa, entre sollozos:

He juntado las manos. El pulgar es el fuego, el índice es el aire, el del medio es la tierra, el anular es el agua, el meñique es el cielo.

En verdad he juntado el fuego, el aire, la tierra, el agua y el cielo.

¡Oh, Ardhanarisvara, yo te he creado, porque al juntar mis manos, me he crucificado!

Todo se ha cumplido. ¡Tú y yo somos de nuevo uno solo!

¡El Padre y yo somos una misma persona!

Y después de las bodas, viene el festín, y el Invitado es devorado por la serpiente, junto a la Cruz de la Atlántida. Porque el Invitado se llamaba Jesucristo.

Los servidores

Estaba en una fiesta conversando de todas estas cosas, cuando alguien dejó abandonada una caja de cigarros. Parecía bastante antigua y hasta un poco deteriorada, con inscripciones casi ilegibles. La observé. Tenía un compartimento para pipas, de las cuales una era para fumar opio. Estuve pensando un buen rato si podría usarla, pues me parecía como que estos objetos fuesen demasiado particulares para ser utilizados por un extraño.

Caminé de un lado a otro hasta encontrarme con un amigo. Él me vio y sin que yo le explicara nada, me dijo: «Es lo de siempre, tratas de aprovecharte del trabajo de otros. Realmente careces de conocimientos».

Sus palabras fueron reveladoras. Lo comprendí todo. Y le respondí: «Veo que tú eres Melquisedec. Es cierto, carezco de conocimientos, pero tú los tienes y es suficiente. Nunca he sabido hacer el trabajo intermedio; permanezco en la ignorancia propia de lo esencial. No tengo estudios

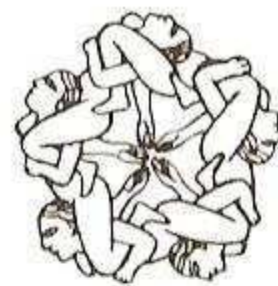
pues no puedo retenerlos. Debo aprovecharme de ti, que eres quien mezcla las sustancias, que eres el que sabe. Gracias a tus artes ha venido la Reina de Saba. Pero tú morirás cuando yo te haga arrojar en la Caldera de tus sustancias, de tus químicas, pues siento temor, lo reconozco, de que la Reina de Saba descubra lo mucho que tú conoces y lo poco que yo sé».

Una orquesta empezó a tocar una música vieja y le pedí a mi amigo que no se fuese y que escucháramos juntos esa música. Le expliqué que debajo de ese ritmo venía otro, que era un ritmo de tambores batidos por manos de negros. Si él se quedaba allí, todo se consumaría, pues en el compás acelerado y profundo de esa música se estaba creando algo. Lo creábamos entre los dos, tal vez más él que yo, pues él conocía cómo mezclar las sustancias. Sin embargo, el favorecido sería yo, porque la música, ese algo y la Reina de Saba estaban dentro de mí mismo. Sentía ahora la creación y el nacimiento. Veía, además, manos, manos de infinidad de hombres. Las manos rojas al fondo, las manos amarillas junto a las blancas y las manos negras sobre las otras, porque eran éstas las que batían los tambores.

Y una mujer muerta vino. Y quiso advertirnos y profetizar. Pero al mostrar sus manos, vimos que era una impostora, pues tenían líneas. Y las manos de los muertos no las tienen.

La verdad es que en esta fiesta yo pude comprender muchas cosas. Comprendí quiénes eran los servidores, aquellos que a diario usamos en nuestras vidas, pero que nos alteran, a veces, como los niños oscuros de la playa de Madrás.

Y agradecí a todos los servidores, inclinando mi cabeza, a hombres y mujeres, niños y animales, a todos los que desde mi infancia me han estado formando, sosteniéndome, con sus manos de todos los colores, preparándome para el matrimonio y la muerte.



Melquisedec

Melquisedec era el Sacerdote en el reino de Salomón. Melquisedec mezclaba las sustancias, conocía la antigua química. Salomón amaba a Melquisedec.

Las glorias se sucedían a través de un clima infranqueable. No había señales sobre las torres, ni en el Templo; el desierto ondulaba, ardía, sin humos, hasta el horizonte.

Mas, en un mes de mayo, Melquisedec miró al cielo, al desierto, al horizonte, y dijo a Salomón: «¿Quién es aquella que viene subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso?».

Y Melquisedec extendió el dedo, allá lejos donde las caravanas perfumadas levantaban el polvo de la Atlántida.

Melquisedec fue el primero en ver a la Reina de Saba y en pronunciar aquella frase que luego Salomón repetiría en *El cantar de los cantares*.

Salomón no puso mucha atención. Estaba por aquel entonces ensimismado, repartiendo justicia entre las madres, amenazando en dividir al niño con una espada.

Por esta causa fue también Melquisedec el primero en recibir a la Reina de Saba.

Calzóse con cuidado sus sandalias y se cubrió con su mejor manto. Toda esa noche caminó por el desierto, yendo al encuentro de la visitante. Cuando el sol rojo se levantaba sobre las arenas, estuvo junto a las avanzadas de la caravana real. Y preguntó por el nombre del visitante. Le dijeron que era una mujer y que venía al reino de Salomón en busca del sabio Melquisedec, que conocía los secretos de la antigua química y del antiguo cielo. En aquellos tiempos tan antiguos ya se hablaba con nostalgia de lo más antiguo.

Y en verdad, en verdad fue así; la Reina de Saba no iba al reino de Salomón en busca de éste, sino de Melquisedec.

Como por un destino, Melquisedec fue el primero en verla, en presentirla, saliendo a encontrarla en el desierto, siglos del alma antes que Salomón la conociera. Y el primer diálogo entre Melquisedec y la Reina de Saba se verificó en un montículo, sobre las arenas, al amanecer, a mitad de camino entre Ur y Salomón.

Venía la Reina sobre un camello azul y traía una serpiente enrollada en su brazo. Miró a los ojos afiebrados del hombre, como carbones encendidos, y le habló: «¿Por qué te has adelantado? No esperaba encontrarte en el desierto, sino junto a tu horno, tan famoso desde antaño, desde la Atlántida, ahí, donde mezclas las sustancias...».

Melquisedec miró al fondo de esos ojos abismales y reconoció las sombras del continente desaparecido, todo ese drama antiguo que sucediera en el Paraíso. Reconoció también la serpiente, que era la serpiente del árbol del Paraíso.

«Estoy dispuesto», dijo, «y esperándote... *Te introduciré en mi cámara secreta, donde tengo el vino más exquisito...* Veremos qué se puede hacer con la serpiente... Te prepararé para la alcoba de Salomón...».

Esto último lo dijo maquinalmente, casi sin pensarlo, porque Melquisedec era leal a Salomón, con esa lealtad de la costumbre, un poco automática, que permanece al margen de lo profundo.

Cuando la Reina de Saba bajó sus párpados cansados, Melquisedec pudo ver su frente, que era amplia como el disco de la luna.

* * *

Por mucho tiempo la Reina de Saba permaneció sola, preparándose en casa de Melquisedec. Estudiaba, deambulaba buscando en torno a sí misma, sin que nadie lo notase y sin que Salomón lo supiese. Salomón estaba ocupado con la justicia y con la división del niño con una espada.

Melquisedec permanecía sentado junto a su horno y dejaba caer dentro gotas de amaranto, piedras verdes, esmeraldas, pedacitos de mercurio, zafiro azul, plumas de pavo real.

«De aquí adentro», decía, «debe nacer el Ave del Paraíso; juntos la veremos nacer. Se ha visto muy poco a esta ave. La última vez fue en la Atlántida, en la ciudad de Avalón. Es un ave que cae en éxtasis y abre sus plumas como los planetas; está entera en sí misma. Es un pájaro humano. Debemos, primero, crear un pájaro...».

Del horno ascendía olor a mirra, a madera de sándalo, a jazmín de la Atlántida. La Reina de Saba se interesaba mucho, pues siempre gustó de los perfumes, y se cuenta que fue la primera en inventarlos.

«¿Crees, Melquisedec, que se producirá un perfume extraño, con el cual pueda envolver mi cuerpo y enloquecer a los planetas, venciendo a la muerte, ganando la eternidad?».

«Ese perfume será posible cuando tú te decidas a arrojar dentro a la serpiente que llevas en tu brazo y cuando tú misma entres ahí. Es muy probable que yo te siga, que también entre al caldero y me cueza en él contigo... Pero antes necesitamos el ave...».

Y la Reina de Saba y Melquisedec crearon el Ave del Paraíso.

Ahí, sobre el suelo de la casa de Melquisedec, en la ciudad de Salomón, sin que nadie lo supiese, el Ave del Paraíso inició su danza.

Se conoce cómo es la danza de este pájaro. Empieza, primero, a moverse como enloquecido, como demente, de lado a lado, con su cabeza bamboleante. Busca, busca algo que ha perdido. Va moviéndose desde los pies de la Reina de Saba hasta los pies de Melquisedec. Así por días, por semanas y siempre a la misma hora, al amanecer, hasta la noche. Está solo. Se siente que está solo. De pronto salta sobre el borde del horno y continúa ahí la danza. Pero es ahora una danza inmóvil, pues son sus plumas las que danzan. Se abren, se yerguen, crecen. Es algo increíble, que fascina. Se comprende que el pájaro está loco, que se ha transformado en hombre y es más que hombre, pues está completo, total, es dios. Sus plumas llenan el cuarto, la casa de Melquisedec, que es el cielo con sus planetas y, en cada pluma de ese pájaro, se abre un ojo de la Reina de Saba, un ojo que mira directamente afuera, a la ciudad de Salomón, al Templo de Salomón.

Y Salomón parece que empezara a presentirlo, pues se interrumpe en su trabajo de hacer justicia, se queda con la espada en alto y entrega el niño entero, sin dividirlo, a la verdadera madre. Ha dictado justicia sin saberlo.

El pájaro se esfuma; era inexistente. Era el Ave del Paraíso.

Melquisedec, con la cabeza entre las manos, habla: «Hasta aquí podemos detenernos. Seguir es peligroso. Lo es también si no seguimos. Por una vez en la eternidad se hace posible este drama, esta historia. Todo es simbólico. De ahora en adelante, deberemos marchar a través de imágenes conocidas, repetidas desde la Atlántida; son las imágenes del amor, que no es amor. Desgraciadamente, disponemos de un número limitado de símbolos. Los gestos son los mismos, pero el sentido es otro... ¿Estás dispuesta, Reina de Saba...? Tú me hablabas de un perfume... Ahí se creará».

«¿Qué debo hacer?», preguntó ella.

«Desnúdate y entra al baño conmigo, hierva conmigo. Las plumas del pájaro están ahí ya. La serpiente penetrará por tu sexo y saldrá por tus ojos... Ese perfume será para los dos...».

«He venido», dijo ella, «peregrinando desde la Atlántida... Pero ¿podemos hacer esto sin amor?».

Melquisedec levantó el rostro y un gran sufrimiento se reflejó en sus ojos.

«Sólo el desastre nos espera si nos detenemos, el nuevo hundimiento de la Atlántida por la ola de horror... Una vez en millones de años se presenta esta oportunidad, una sola vez... Bien sabes tú del dolor de las arenas, de la búsqueda infinita, del ansia insaciable, del tormento del eterno

retorno... El caldero está preparado, arde y se agita, las plumas del Ave del Paraíso esperan a la serpiente...».

La Reina de Saba dudaba al borde del baño hirviente, dudaba, porque no sentía amor por Melquisedec. La danza del ave le había producido admiración, pero también una indefinible repugnancia. Este momento era gris, pesado para ella. Sabía que de decidirse a entrar en el caldero, todo se consumaría y su tormento de edades, de siglos, su peregrinar a través de mundos, en los desiertos de la creación, tal vez terminaría. Pero ¿estaba segura que deseaba poner un fin a ese tormento? A pesar de la edad insondable de su alma, ¿no sentía aún la juventud invencible saltarle como cervatillo en el centro de su corazón...? Mas, ella había venido para esto, sólo para esto, cruzando el desierto, desde su legendario trono de Ur, y al borde del misterio tan deseado, junto al sabio Melquisedec, la Reina de Saba titubeaba, dejando caer sus brazos y también sus velos, poco a poco.

He aquí el cuerpo de la Reina de Saba. Sus cabellos perfumados dejan al descubierto su frente inmensa, como la esfera de la luna. Su cuello delgado se inclina un poco hacia el lado de la serpiente. Sus ojos muy abiertos, profundos, tratan de percibirlo todo, cada instante de lo que sucederá. Sus labios están abiertos hacia la miel y la leche de su interior. Sus hombros y brazos, vencidos. Sus pequeños pechos, *paciendo como cervatillos gemelos...* Su vientre, muy suave. Sus piernas, largas como los caminos de Ur. Su sexo, como la flor oscura del mar que sumergió a la Atlántida. Sus pies, cubiertos de arena hasta los tobillos. Sus manos, con dedos finos, donde tiembla la locura de Dios, con uñas que han estado arañando mármoles, piedras ateridas, por siglos, por edades, a través del espanto.

Melquisedec se irguió, dejó caer su vestidura y cogió una vara (puede que la vara de Aarón) y fue a tocarla. Ella transformó su serpiente en otra vara. Varas sin flor.

Melquisedec dijo: «Debemos unirnos por el pecho...».

Pero entonces una nube de vapor se elevó del horno y cubrió el cuerpo de la Reina de Saba, haciéndolo invisible para Melquisedec por un instante. Fue algo no previsto, quizás si una sustancia mal mezclada, por falta de amor. Y el Ave del Paraíso, que no había muerto, sino que esperaba sobre el suelo de la casa de Melquisedec, emprendió el vuelo y se fue a cantar en el Templo de Salomón. Este pájaro dio en la ciudad la noticia de la visita de la Reina de Saba y traicionó a Melquisedec. Volando entró por la ventana de la alcoba de Salomón, en el amanecer, llevándole el perfume de la Atlántida y diciéndole que Melquisedec le había preparado a la Reina de Saba para su alcoba.

Salomón colgó la espada de la justicia, se calzó sus sandalias, se puso su mejor manto y miró a través de la ventana el amanecer antiguo. Sentía el pájaro trinando en su pecho, el Ave del Paraíso y también el árbol del Paraíso creciendo adentro de su alma; el árbol con la serpiente.

Antes de marchar a casa de Melquisedec, Salomón quiso convencerse y fue a ver al más anciano sabio de la ciudad, quien antaño fuera el Maestro de Melquisedec.

El Maestro estaba sentado junto a la Esfinge. Hablaba solo: «Este es el lugar», decía, «en donde se hundió el otro mundo. Esta es la señal. Aquí nacerá también la nueva tierra. La señal ha sido vista pero no comprendida. Sólo los locos la apreciarán. Sólo los que aman...».

«Maestro», empezó Salomón, «quiero saber si es posible sumergir un mundo en las aguas hirvientes sin amor,

un mundo o un cuerpo, el cuerpo de una reina o de una esclava... O mi cuerpo, mi cuerpo de esclavo...».

«Hablas bien», dijo el Maestro, «el Rey es siempre un esclavo...».

«Esclavo de la justicia...».

«Olvídate de la justicia y serás Rey. Amar es olvidarse de la justicia. Amar es perderse... Amar es fundirse en el horno ardiente de Melquisedec, arriesgar el reino, hundir la Atlántida... Yo enseñé a Melquisedec, yo construí la Esfinge».

«¿Lo hiciste sin amor, Maestro?».

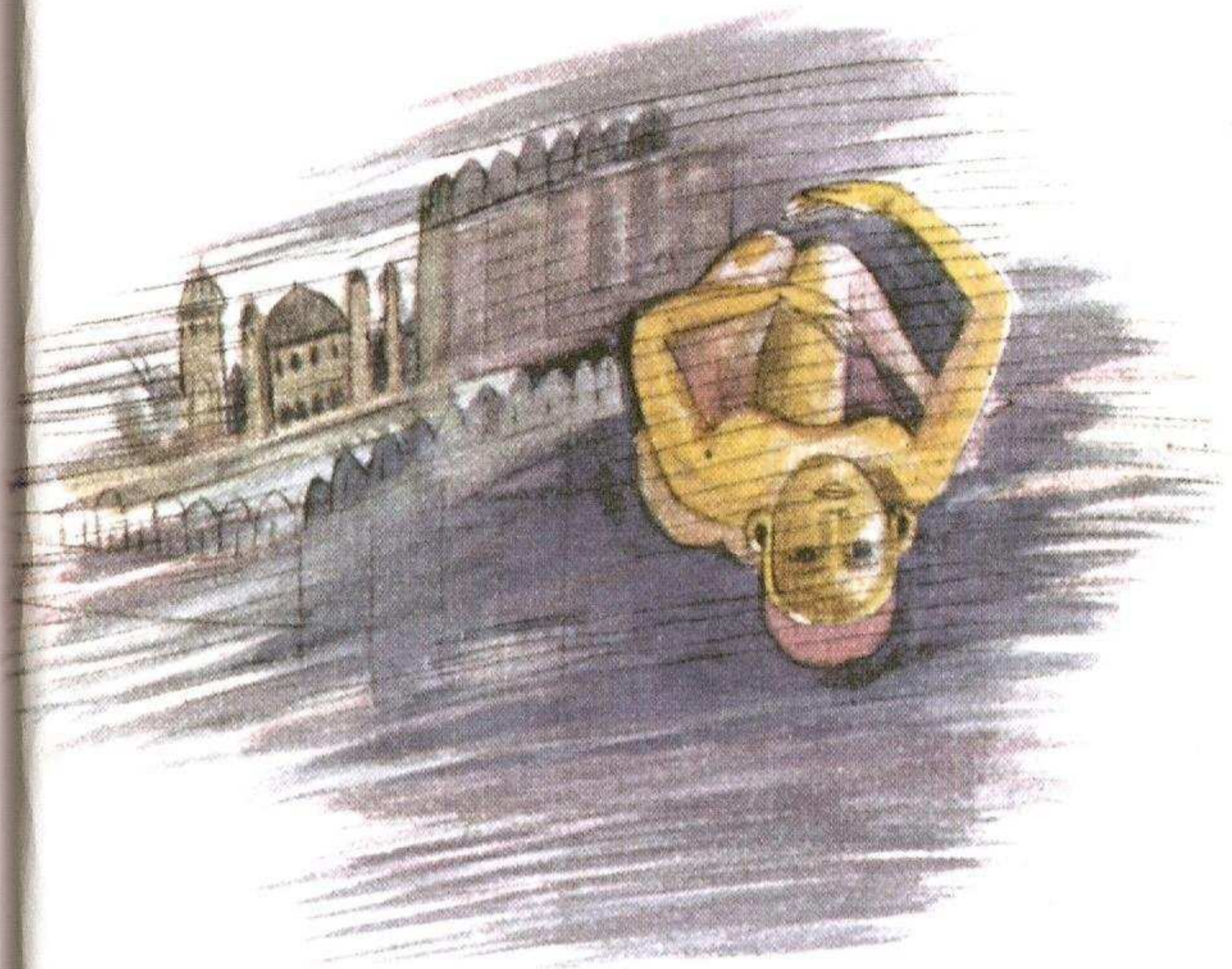
«Te responderé como la Esfinge... Lo hice más allá de la justicia, lo hice con el número tres, con ese número que está más allá del dos, pues en el dos no hay reposo, no hay descanso sin engaño; lo hice con el grano y la sustancia del tres, que se escapa, se acerca y vuelve a desaparecer, porque no es para el reposo, sino para el dolor, para la distancia... Viene y se va... Pero cuando se va, ya está contigo para siempre... Más allá de la justicia, cercano al crimen y a la muerte... Dividiendo al niño con la espada, satisfaces a la falsa madre, que es la verdadera, pues desea más serlo... Cuando has creído hacer justicia, no la has hecho... Cuando eres injusto, estás con dios, porque estás amando...».

«¡Maestro», replicó Salomón, «debo pasar a la historia como un Rey justo!».

«¡Ama... Mata a Melquisedec!».

«¡Es el suicidio...! Melquisedec es mi hermano, es el sabio de mi reino, Melquisedec soy yo mismo...».

«Ten el valor de morir... Todo es uno. Mira esta Esfinge, es pez, es pájaro, es animal, es hombre... Yo soy tú... Tú eres la Reina de Saba... Ámate a ti mismo... Ama a la Reina de Saba como a ti mismo, mata a Melquisedec como a ti



mismo... Desde el fondo de las aguas eternas, que destruyen los mundos, tú vuelves como pez, como pájaro, como esclavo, como rey, como reina... Melquisedec ya ha muerto... Desde sus cenizas asciende *El cantar de los cantares*... A él le pertenece, pero la historia te lo atribuirá...».

Salomón abandonó al Maestro y se encaminó cabizbajo en dirección a la casa de Melquisedec. Se apoyaba en un bastón labrado, que semejaba una serpiente.

Entró sin hacerse anunciar. Salomón conocía bien la casa de Melquisedec, donde iba a menudo a contemplarle mezclar las sustancias. Horas se pasaba ahí admirándole en su ciencia, en su vieja química, en sus piedras verdes, extraídas de su horno.

Cuando Salomón abrió la puerta de la alcoba secreta, Melquisedec estaba inclinado sobre el borde de la caldera ardiente, tratando de descubrir la sustancia extraña que había alterado la mezcla y producido esa nube que cubría aún el cuerpo de la Reina de Saba. Fue fácil para Salomón empujarle dentro de la caldera. Melquisedec cayó naturalmente. Su caída física en el horno era ya un puro símbolo prefijado. Melquisedec mismo la esperaba como única posibilidad para su existencia. En verdad Melquisedec ya estaba dentro del horno. Cayó allí sollozando, pues él también amaba a Salomón. Su muerte instantánea abrió camino al número tres. Desde el fondo de esa agua hirviente emergió *El cantar de los cantares*.

La nube que cubría el cuerpo maravilloso de la Reina de Saba se descorrió. Y ella trajo al Rey su primer regalo, un manto de oro de la ciudad de Ur. Él le entregó su bastón labrado que semejaba una serpiente. La vara de Aarón. Una flor se abrió en su extremo. Un jazmín de la Atlántida.

Ella pulsó esa vara como una flauta y juntos entonaron *El cantar de los cantares*.

De rodillas, besando esas piernas largas, como los caminos de Ur, el Rey le dijo: «No soy sabio como Melquisedec, no sé nada, no conozco cómo mezclar las sustancias, solamente sé entonar *El cantar de los cantares*... y siento que este Cantar tampoco me pertenece...».

«Nada de eso es necesario... Deja únicamente que crezca en ti el pájaro azul, el mismo que volase a trinar en tu ventana... allá, allá lejos... y fui yo quien te lo envió...».

«Pero *El cantar de los cantares* no es mío...».

«Es tuyo... Tú, mi Rey, me introdujiste en tu cámara secreta y me diste de beber de tu vino más exquisito... Me lo dijo Melquisedec... y tú también eres él...».

«¿Crees, Reina, que Melquisedec pueda ser Salomón? ¿Crees que Melquisedec fue en verdad uno mismo con Salomón? Si así no lo fuera, la historia de Salomón y la Reina de Saba sería un drama, pues todo pudo ser tan diferente si la Reina de Saba, cumpliendo con los símbolos antiguos, con las imágenes alucinantes del amor sin amor de Melquisedec, hubiese fundido su esencia y su forma en el baño de amaranto, en el agua de la Atlántida, para romper la cruz de la creación y detener el río de la historia, para aquietar el eterno retorno, la vorágine de las formas y quedar en paz al fondo de sus tumbas... ¡Qué drama, qué tragedia, haber muerto a mi hermano sabio, haber destruido a Melquisedec, haber impedido una posibilidad única en millones de años, haber interrumpido la verdadera leyenda de la Reina de Saba, si yo y Melquisedec no somos uno mismo, si yo no soy también sabio, si yo no sé otra cosa fuera de entonar *El cantar de los cantares* cuyo último

sentido también pertenece a Melquisedec...! ¡Ah, Reina amada, no nos queda otro camino que el de entrar juntos a ese horno hirviente y fundirnos ahí con Melquisedec, parar dar existencia al número tres y ser sabios con el amor, para unir el amor con la sabiduría...! ¡Oh, amada mía, paloma mía, esposa mía, ven...!».

Y del caldero hirviente, en donde se fundieron las formas, como del centro del Océano, como de esa ola que sumergió a la Atlántida, ascendió un himno, un cántico débil aún, como el balido de un cordero sacrificado.

Porque *El cantar de los cantares* es eso: el balido del cordero sacrificado en la zarza ardiente.

El cordero

Como se ha explicado en otra parte, mi perro, en los hielos de la Antártida, no era un perro de nieves. Era un perro ovejero. Extraño a los hielos, murió allí. Pero el perro cuidaba de las ovejas, las protegía en contra de los buenos y malos ladrones.

Al morir el perro, no hubo ya nadie para cuidar al cordero. Sólo cuando el perro resucitó, el cordero pudo crecer de nuevo, seguro, preparándose para el sacrificio.

Esto parecerá extraño, pero es así. Nadie puede matar al perro sin destruir también al cordero. Por otra parte, no es difícil comprenderlo, pues el perro y el cordero se parecen mucho, por lo menos mi perro, que tenía la pelambre suave y rizada, allá, en los hielos del Antártico.

Vamos a tratar de explicarnos un poco más. No hay que sacrificar al perro, no hace falta. Con sacrificar al cordero es suficiente. El cordero se cambia por el perro. Y es casi lo mismo, aunque haya diferencia. El cordero es el perro que ha aprendido a balar, el cordero es el perro

que entona *El cantar de los cantares*. El ladrido, el aullido, se ha cambiado por el balido suave y manso. Todo lo cual debe ser un proceso natural y además mágico, como el crecimiento de una flor en la zarza ardiente, y que sólo se alcanza una vez en millones de años.

El perro está en la raíz de nuestra infancia, en la base del madero de la cruz, ahí donde duermen los instintos, donde reposan los sueños, los recuerdos, los fantasmas; el cordero crece en los maderos transversales, en la madurez de los años y es llevado hacia lo alto, hacia la vida eterna, hacia el amor eterno, hacia la rosa, en los brazos de la Reina de Saba.

Si así no fuese, todo terminaría en un desastre. La gran madre tiene los ojos color de abismo y su amor es como el vientre de la noche. Ella devora al perro y al hombre, ella se come a Dios, su propio hijo. Es imposible resistirla. Sólo es posible cambiar la víctima y, en lugar del perro y del hombre, poner el cordero.

Se ha salvado así el hombre y el perro, pero ¿se ha salvado Dios?

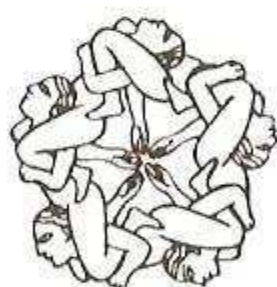
Ahí, con su pelambre hecha jirones, pendiendo del leño, está el cordero. Es ya una pura piel desgarrada. Su cuerpo fue comido por la noche, por la historia. Y seguirá siendo devorado por toda una eternidad. Pero no muere, porque la piel se salva sobre la Cruz, siendo dorada como el Vellochino.

Junto a la zarza ardiente, el niño se salvó. No fue devorado, no fue sacrificado. Fue cambiado por el cordero. El perro, que era amigo del niño, que lo conoció en la infancia y que también fue amigo del hombre, desaparece en el cordero. A medida que el cordero crece, el perro envejece a su lado.

Y la carne del cordero será alimento eterno que sacia el hambre de la Madre. Porque ha sido creado en el horno

de Melquisedec, con la sabiduría de la Atlántida, acunado en los brazos de la Reina de Saba, amado, cantado por Salomón.

El cordero es el Hijo del Hombre. Es la flor crecida en el Oasis del hielo. La flor solitaria, única, la rosa ígnea sobre la Cruz.



El Ave del Paraíso

No hemos dado bastante importancia a este pájaro, que la tiene mucha, siendo que puede estar más allá de la Madre, haberse salido de su ámbito.

Emergió del baño ardiente, junto con *El cantar de los cantares*, se fue hacia lo alto o hacia lo bajo. Puede ser también que no tenga nada que ver con todo esto, que sea muy anterior al hombre.

Su danza es el más serio esfuerzo hecho desde que se abrió la flor del mundo, el sexo de la creación, dando salida a la forma, a las formas.

Vamos a tratar de observar con mayor dedicación su danza, percibir algunos detalles que seguramente se nos han escapado.

La selva está pesada de sombra en el amanecer, sueña. Con el primer rayo del sol, llega el Ave del Paraíso y se detiene sobre una rama. Dobla su cabeza pequeña, toca con su pico duro la madera. Contempla con sus ojos cubiertos

por un vapor espeso. Este vapor se va pronto y el pájaro yergue su cabeza y mira hacia los extremos. Parece que está sintiendo algo, que tiene miedo. Presiente un suceso fatal, como un ataque. Y el pájaro no lo desea. Mueve la cabeza pequeña al frente, al sol ahora y, con sus ojos de pájaro, pide que le eviten lo que sucederá, aquello que ya nadie puede impedirle, absolutamente, porque es algo trabajado desde el centro de sus células, desde la raíz, desde su calor y su viento, desde cuando era más pequeño. Algo buscado por él mismo. Sin embargo, con su terror de pájaro, con su cerebro diminuto, el ave pide que le eviten este trance, si aún es posible: «Padre mío, si aún es posible, aleja de mí este cáliz».

Desde un comienzo, las relaciones del pájaro no son con la Madre sino con el Padre. Así sucede con algunas aves y con ciertos animales. También nuestro perro, allá en los hielos del Antártico, estaba relacionado con el Padre.

El sol sube un poco más y el verde de la selva se humedece con su oro. El pájaro baja de la rama y se mueve ahora en círculos. Desde la tierra asciende el vapor nocturno para disolverse en el aire, que empieza a entibiarse. El pájaro traza cuadrados dentro de un círculo. No ha sido escuchado en su invocación y ya no puede detenerse. Desde algún punto de sí mismo es arrastrado; sus pequeños ojos se abren enormemente y miran con fijeza los círculos, los signos, que está diseñando. Miran inteligentemente, pero con terror aún. Quiere entender un poco de todo eso, quisiera comprender por qué quiere detenerse cuando en verdad no lo quiere. ¿Por qué ha pedido lo que ya no es posible? ¿Por qué esa comedia, ese afán de engañarse, ese minucioso preocuparse aun por detalles ínfimos, que han

dejado de tener importancia hace mucho tiempo: plumas que se desprenden, hojas que caen, gotas del agua de la noche? Y siente que una fuerza comienza a dominarlo, que pronto lo agitarán convulsiones y la espuma mojará su pico de pájaro. Por eso sus ojos están abiertos con terror y él piensa en el Padre.

Se oye un ruido de alas y dos pájaros hembras se posan allí, en el claro del bosque. Observan con curiosidad, luego con estupor, la danza del Ave del Paraíso. Son las hembras de este ave. Sólo ayer le conocieron; volaron, comieron, amaron, durmieron juntas. El Ave del Paraíso gorgéo y realizó los pasos de otra danza para ellas. Pero esto que el ave hace ahora les es desconocido, incomprensible. Se ve que el pájaro está solo, se presiente que las ignora, que las ha olvidado hace una eternidad. Pero ¿es que alguna vez estuvo con ellas? ¿No fue siempre así? ¿O es que las madres no lo sabían? ¿O es que voluntariamente deseaban ignorarlo? Ahora se detienen ahí, heridas en lo más profundo, dañadas en las entrañas, pero también resignadas, ajenas y piadosas.

El pájaro ni siquiera ha visto llegar a las hembras. Está en trance, en sueño hermético. Danza, danza, danza tanto que, al atardecer, se le abre una herida en el costado. De la herida mana sangre. Las hembras, cabizbajas, la restañan con sus picos.

La escena es antigua, se repetirá en los siglos. Las madres comprenden que algo deben hacer para que el triunfo del Padre no las aparte totalmente.

Nuevamente ha venido la noche sobre la selva. Se abren los ojos de las lechuzas y de las grandes estrellas. Caen gotas de agua vegetal. Y comienza otro día. El Ave del

Paraíso está ahí, siempre. Empieza la misma danza. (Ha danzado en la luz y en la sombra). Y otra vez las madres, los pájaros hembras, las mujeres, le contemplan. Fijas, apartes, claras, terribles, no pierden detalle, aunque aquello suceda en contra de ellas mismas.

Esa noche el pájaro pide agua, agua de la noche; pero nadie se la da. En sus manos se abren dos llagas.

La danza del Ave del Paraíso continúa por días, en total trance, en completo olvido. Sus ojos están cerrados a lo que sucede afuera. Miran adentro. El pájaro está seguro de que algo verán allí. Pero lo que va a suceder, no lo verá nadie ya, porque las hembras también se han ido, como obedeciendo a un conjuro. No se sabe dónde se fueron. Es posible que hayan entrado por la herida del costado. Porque esa herida es vieja y sólo se ha reabierto. Por ahí salieron las hembras en el comienzo de la noche y por ahí deberán entrar en el principio del Día.

Si las hembras están dentro, el pájaro no deseará poseer, sino ser poseído por el Padre.

Pero lo más posible es que las hembras se hayan retirado al fondo de la selva, a la zona umbría, a esperar, a esperar. El amor de la Madre tiene paciencia de siglos. Las hembras del Ave del Paraíso, las madres cabizbajas, creen que el pájaro ha enloquecido y que morirá pronto. Entonces ellas volverán al claro de la selva para picotear sus plumas, para comer su carne. Porque el amor es hambre, deseo de fundir la esencia. La Madre es el vientre de la noche.

El Ave del Paraíso da un salto enorme y se posa nuevamente en la rama más alta. Levanta la cabeza al sol y tiembla terriblemente. En su cuerpo sucede el milagro. De esa pequeña forma apretada, de ese montón de pequeñas

plumas, se levanta una montaña de plumas que nadie sabe de quién son ya, porque no pueden ser del pájaro. Son plumas de oro, son encajes celestes, son perlas, rubíes, esmeraldas, pétalos del cosmos. Es la corona de Siva, el dios que danza; una corona de espinas solares, de estrellas, de planetas azules. Y el pájaro, triunfante, la está resistiendo, sintiéndola sobre sí, dentro de sí, pero también ajena, exterior, como no perteneciéndole. Y, traspasado de misterio, poderoso, diminuto, enorme, el Ave del Paraíso trina, grita, canta:

¡Yô y el Padre somos uno mismo!

Y otro pájaro blanco desciende del cielo para besarlo.



La misa

En torno al monte Kailas van girando los fieles, de derecha a izquierda. Ascienden. Han lavado sus cuerpos en las aguas del sagrado lago Manasarovar. Juan se los ha lavado ahí, y ellos han sido transformados. Libres de pecado, podrán comenzar a pecar de nuevo.

Arriba, en la cumbre del monte Kailas, está Siva danzando. Tras haber penetrado la herida de su divina consorte, ha introducido a ésta por la herida de su costado y ya la tiene dentro para siempre, abrazada. Por eso danza jubiloso en la luz y en la sombra.

Del otro lado del monte Kailas se encuentra la Lamasería de Dirapuk. Es de noche y un joven lama va a celebrar un rito para el cual se ha preparado durante años y años. Es la primera vez y será también la última. Sentado en el suelo, en la fría noche, bate un tambor con huesos de difuntos. Golpea, golpea. Tras un instante, ya está todo preparado. El lama se desviste, permanece desnudo en el denso frío.

Invoca al Buda de rostro opaco, porque él no adora a Siva, al menos con ese nombre, y dice: «Om mane padme hum». Se vuelve luego hacia los cuatro horizontes, empezando a caminar de izquierda a derecha, en dirección contraria a la ascensión. El joven lama se ofrece en sacrificio a las presencias invisibles y visibles. Exclama: «¡Aquí está mi cuerpo, comedlo!». El joven lama siente que alguien viene. Son doce figuras invisibles; sus maestros, aquellos que le enseñaron esta práctica y que ahora detiéndose silenciosos junto a él. Repite: «¡Aquí estoy, devoradme!». Y los doce maestros se arrojan sobre él y le devoran. El joven lama siente que le desgarran la piel, sufre callado el más fiero dolor. Ya no tiene más que una pierna, ya no tiene brazos, ya han devorado su rostro y, ahora, le toca su turno a las entrañas, a las vísceras. Hasta los huesos le son triturados y su sangre, sobre la fría estepa, es lamida con ansias antes de que se seque. El dolor ha cedido lugar al júbilo, al amor de sentirse amplificado, viviendo ahora en doce cuerpos. Y el joven lama, sin cuerpo ya, sin carne, sin huesos, sin sangre, siente que está allí arriba, danzando en la cumbre del monte Kailas, más allá de la sombra y de la luz.

* * *

Alguien va subiendo otro monte. Juan también ha lavado su cuerpo. Lo ahogó en el agua, y de ahí emergió con cabeza de cordero. Sostiene ahora una cruz, y sube también de derecha a izquierda. Va a pagar un gran pecado, porque quizás tampoco él pudo hacer llover. Arriba está ahora entre dos ladrones. Antes que él llegara, ellos intentaron, oscuramente, descubrir el dolor, cruzarlo, danzar en la

luz y en la sombra. Puro hombre, resistieron el sórdido dolor del hombre. Ellos eran el número dos. Ahora están junto al tres y se sienten descansados, no tan solos, al fin, y aunque no entienden lo que él dice, lo que él murmura, van a morir en paz, tanto el bueno como el malo, tanto el uno como el otro.

Uno, dos, tres... pero ¿dónde está el cuarto...?

Ahí, bajo la cruz. Es la madre. Uno, dos, tres y cuatro. Dos ladrones, un redentor y la madre tierra. Dos ladrones, el redentor y la tierra. Una sola persona, sin embargo. Porque el Padre no está en esto. Se encuentra antes del número, y porque Cristo y la Madre son una misma persona. Y al abrir el ataúd de la madre, yo descubro que ella tiene el cuerpo de la Reina de Saba y también de Jesucristo.

Después, cuando el Padre la abandonó, porque el Padre parece no existir, porque está más allá del número, y cuando él gritó y murió, la madre dio la señal para que le bajaran de la cruz. Pero no le bajaron solo, sino que le arrancaron con la cruz. Y llevaron la cruz hasta la losa de la tumba, que no era sino la losa del altar y ahí se lo comieron, sobre la cruz, los doce discípulos y especialmente Juan, su discípulo más amado. Pero la madre no le tocó, porque ella le había devorado antes.

Por esto, cuando las mujeres vinieron después, no le encontraron, porque se lo habían comido, y ellas lo sabían; pero no le dijeron a nadie.

* * *

Al abrir el ataúd de mi alma, yo sé que estoy asistiendo a una misa, que me estoy devorando, que estoy comulgando

con el cuerpo del Redentor; porque el sacrificado y el sacrificador es siempre uno mismo, y en la hostia el sacerdote asesina a Cristo y se lo come. Y el primer sacerdote fue Melquisedec, en la ciudad de Salem, y Melquisedec fue el cordero de Abraham, el carnero de Rama. Y él me enseñó a mezclar el vino con el agua y a beberlo en el cáliz de las manos de la Reina de Saba. Él me enseñó a consagrar mi propia sangre para bebérmela y a redimir mi carne para comérmela.

He abierto esa tumba, he quitado todos sus clavos y, adentro, he encontrado sólo huesos. La he cerrado nuevamente. Pero el aire dispersó todas esas cosas tan viejas.

Y mi trinidad es distinta. Porque el hijo es una hija y el padre es el esposo de la hija. Y al lado de ella voy yo, que soy su hermano, y la amo subrepticamente y me he casado con ella a escondidas, para que él no lo sepa. Y así vamos los tres, cogidos de la mano, felices y sufriendo, hacia un punto que desconozco completamente y aún tan distante.



El caballo blanco

Sé que si tuviera un caballo blanco, yo podría dar alcance a la Reina de Saba. Sobre ese caballo veloz vendrá un jinete, de nombre Kalki. Vendrá a juzgar.

Este misterio quedará en claro algún día. Yo estoy empezando a comprenderlo y ello gracias al dolor que me ha causado la pérdida de la Reina de Saba. El hombre busca en la desgracia, busca. Yo busco algo más veloz que la Reina de Saba, un corcel blanco que me permita alcanzarla en su ágil huida.

Pongamos esto de otra manera para intentar hacerlo comprensible aun para mí mismo.

El tiempo. Todos saben lo que es el tiempo. Algo que arde, algo que está en combustión y se gasta. He aquí la luz. La luz es el desgaste de la forma, entre otras cosas. Y se escapa. Esto es también la Reina de Saba. La luz se nos lleva las imágenes, las leyendas, poco a poco. Es el futuro, cuyo final será la última imagen: el final del tiempo. ¡Y qué veloz corre la Reina de Saba; jamás podremos alcanzarla!



La luz, que se está llevando nuestras imágenes hacia el mundo, es un ladrón que se roba nuestra infancia, nuestra juventud y toda la vida. Entre dos ladrones, el tiempo nos tiene crucificados. Ellos son más rápidos que nosotros. El tiempo nos atraviesa con una lanza de luz, nos desgasta y nos cansa. Superados por grandes velocidades, sólo nos queda la esperanza de Kalki, el jinete sobre el caballo blanco, energía mayor que la luz y que el tiempo.

Si nos fuera dado remontar la luz de una estrella, llegar a correr más veloz que la luz, entonces alcanzaríamos a la Reina de Saba en su ágil huida, recuperaríamos nuestra infancia, volveríamos a antes de haber nacido. El caballo blanco y su jinete, Kalki, corren en dirección contraria al tiempo, corren hacia el pasado. Por ello es justo que en lugar de envejecer rejuvenezcamos, eternizándonos.

Remontada la luz de una estrella, alcanzada la Reina de Saba, ella no se va más, sube a la grupa de nuestro caballo blanco y la boda es eterna.

Esto también se llama el Juicio Final y la resurrección de la carne. Se juzgará a la luz por habernos robado las imágenes y la carne resucitará, revivirán los cuerpos si sus imágenes –que viajaban en la luz– son alcanzadas por el veloz galope del caballo hacia el pasado. Todo volverá a ser lo que ya fue en ese punto central donde se aquieta el tiempo.

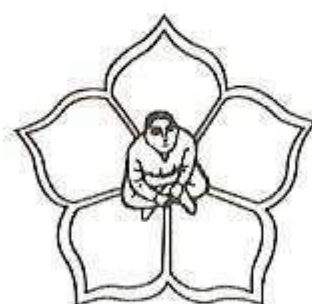
Hay quienes creen que esto será logrado por la ciencia; yo pienso más bien que nos será dado por Cristo dentro de nosotros. En verdad es lo mismo. Porque Él es también el Jinete del caballo blanco.

Él es esa magnitud más veloz que la luz dentro de nosotros. Para explicarlo con palabras antiguas, Él es quien

juzga a los ladrones y los redime. Él, quien supera al tiempo y da alcance a la Reina de Saba en su continua huida. En verdad que es Él quien se casa con ella y la sube a la grupa del caballo blanco.

Mas, para que todo esto acontezca, yo también he debido casarme antes con la Reina de Saba, preparando cuidadosamente mis bodas y mi muerte.

¡Es tan difícil explicar todo esto, aun con palabras antiguas!



La última flor

Aunque estés casado, habrás de morir un día. La muerte llega para todos. La diferencia es ésta: vendrá un joven con una flor y te rozará con ella los labios y la frente. También es posible que la flor venga sola. Y entonces tú saltarás a esa flor y te quedarás en ella. Parece difícil: pero es el resultado del trabajo, de la espera de tu vida, en especial de tus bodas. También puede ocurrir que el joven con la flor no llegue nunca. Pero será lo mismo. Porque esa flor en la que tú entras, es el fruto final de tu alma, es tu última creación. Y aunque no exista diferencia, parecerá como que la hubiera, parecerá como que la hubiera.

Se imprimió durante agosto de 2010 en los talleres de
Salesianos Impresores S.A.
General Gana 1486, Santiago. Teléfono: 5307900.

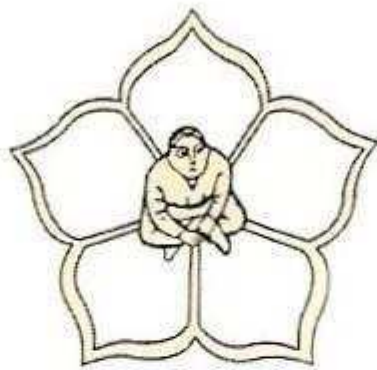
Intentamos referir la persona que fue MS, rara avis objetiva, eso que llaman un convencido patriota, de trato interpersonal campechano, llano y cordial. Tras escribir sus MEMORIAS (en el cuarto tomo hay una conversación imaginaria notable con Volodia Teitelboim), llegó a titular ¡SE ACABÓ CHILE! (2001) a uno de sus últimos opúsculos, donde las emprendió contra el logotipo con que se identificó el Ejecutivo de la época.

LAS VISITAS DE LA REINA DE SABA es su texto más buscado. Y aséptico en sus ideas: no hay svástica, aunque sí las referencias de las que se valió el nazismo, esto es, la cultura antigua de la India. En LAS VISITAS... desde luego aparece la mítica reina del Antiguo Testamento, la misteriosa mujer del tiempo arcaico. El autor, entonces en la medianía de su existencia, la expone con la luz de un relato que lleva «un sueño dentro de otro sueño». Véase al respecto la breve carta-prólogo que le escribió el psiquiatra C.G. Jung. Por ella arranca este librito.

Beuvedráis Editores



w w w . b v d r a i s . c l



Editores



Be-uve-dráís